

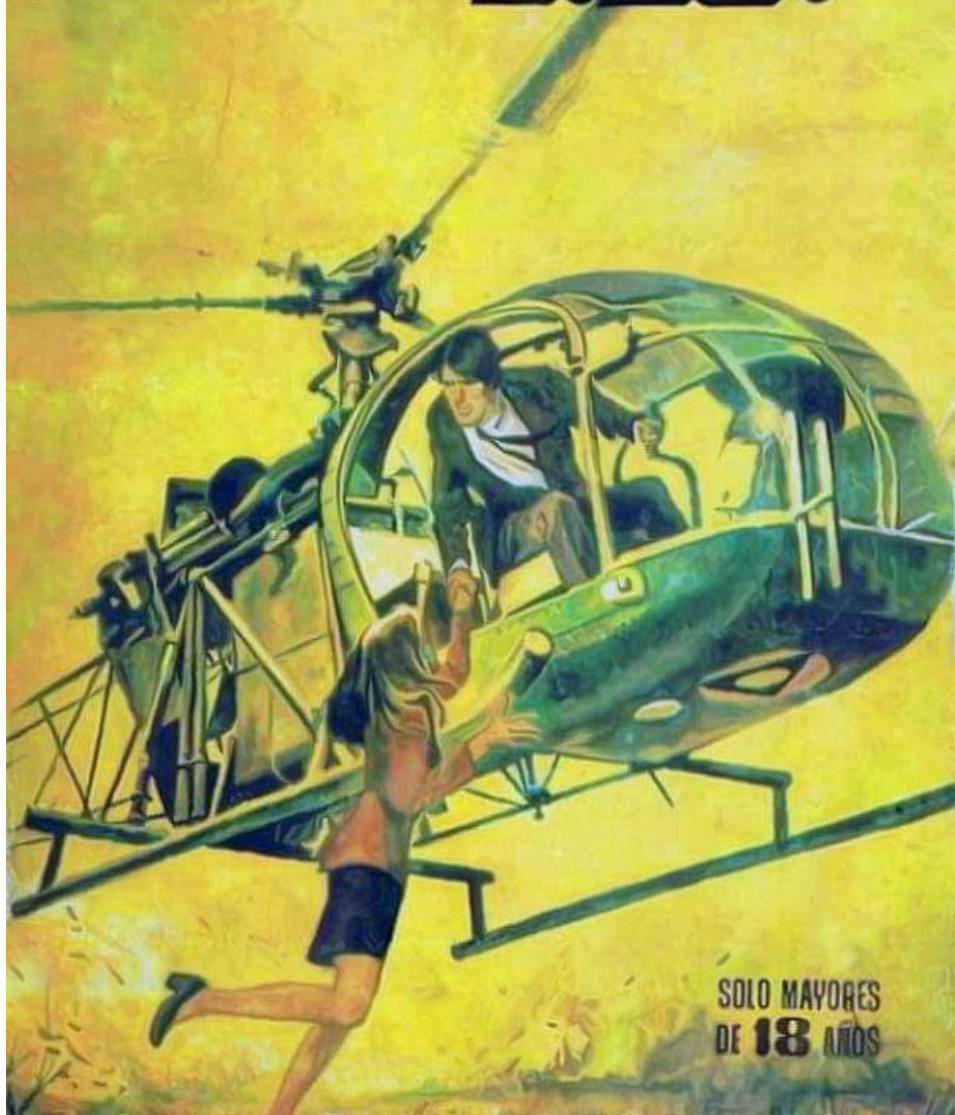
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

MAREMOTO

*Kelltom
McIntire*



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Al amanecer, Purdy advirtió la ausencia de Glen Pierson.

Acababa de despertar, de incorporarse en el camastro y su primera mirada fue precisamente hacia el rincón en que solía dormir Pierson. Estaba vacío.

Torpemente, se puso en pie y abandonó la cabaña. Todavía tenía la esperanza de encontrar a Pierson en la playa, disponiendo el material necesario para proseguir las inmersiones en los rompientes de coral, distantes poco más de milla y media.

Caminaba descalzo y se clavó en la planta del pie una espina de pescado, residuo probable de alguno de los festines nocturnos que acostumbraban a celebrar los cuatro hombres en la explanada protegida por un sombrajo, a pocos pasos del bohío que les servía para descansar durante la siesta y la noche.



Kelltom McIntire

Maremoto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1675

ePub r1.0

Lds 23.02.19

Título original: *Maremoto*

Kelltom McIntire, 1982

Cubierta: Martin

ePub modelo

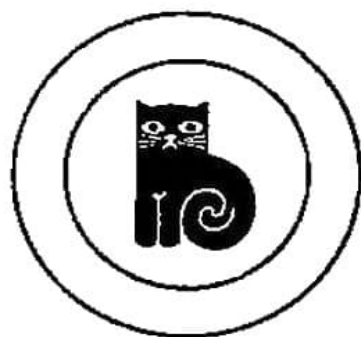
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Al amanecer, Purdy advirtió la ausencia de Glen Pierson.

Acababa de despertar, de incorporarse en el camastro y su primera mirada fue precisamente hacia el rincón en que solía dormir Pierson. Estaba vacío.

Torpemente, se puso en pie y abandonó la cabaña. Todavía tenía la esperanza de encontrar a Pierson en la playa, disponiendo el material necesario para proseguir las inmersiones en los rompientes de coral, distantes poco más de milla y media.

Caminaba descalzo y se clavó en la planta del pie una espina de pescado, residuo probable de alguno de los festines nocturnos que acostumbraban a celebrar los cuatro hombres en la explanada protegida por un sombrajo, a pocos pasos del bohío que les servía para descansar durante la siesta y la noche.

Purdy maldijo sonoramente, caminó unos cuantos pasos a la pata coja y finalmente se dejó caer sobre la arena.

Tenía los ojos legañosos y los fuertes rayos del sol le cegaban. Palpó la planta de su pie izquierdo, encontró al tacto la fuerte espina y la arrancó con un tirón decidido. La sangre brotó abundante, pero Purdy no se detuvo a constatar la profundidad de la herida.

Sobre cualquier otra cosa, le interesaba comprobar que Glen estaba en la playa.

Descendió por el sendero, tambaleándose y lagrimeando, no tanto por el dolor como por el fuerte resplandor del sol naciente, que le cegaba y ponía un escozor insoportable en los ojos. Purdy era muy rubio, casi albino, y el sol fuerte de los trópicos hería sus ojos inmisericordemente. Por ello, siempre protegía sus débiles ojos con gafas muy oscuras, pero esa mañana, sorprendido

desagradablemente por la desaparición de Pierson, no había tomado la elemental precaución de descolgarlas del clavo donde cada noche las dejaba antes de dormir.

Protegía sus ojos con ambas manos cuando llegó a la playa. El embarcadero formado con troncos de cocoteros estaba vacío. La lancha había desaparecido.

Durante un minuto, Purdy fue incapaz de reaccionar. De espaldas al sol que hería sus ojos, aquel hombre prematuramente envejecido, de espalda arqueada y magra musculatura, permaneció en pie, vacilante, dirigiendo furtivas miradas al embarcadero que los cuatro hombres habían construido sobre unas rocas con sus propias manos para facilitar el amarre de la embarcación de la que dependían vitalmente.

—Se ha marchado —murmuró luego, en voz muy baja.

Y luego estalló de repente en un paroxismo de furor.

—¡Maldito, maldito Pierson, asqueroso cerdo traidor, hijo de mala madre...! —barbotó, y la ira hacía vibrar sus delgados y descoloridos labios.

Luego le asaltó el desánimo.

Se dejó caer lánguidamente sobre la arena húmeda, boca abajo, golpeando quedamente la playa con sus puños, grandes y fuertes, desproporcionados con sus brazos casi esqueléticos.

Mezcalina, ésa era la cuestión: necesitaba una dosis para soportar la decepción, la depresión y la rabia que le producía la deserción de Glen Pierson.

El islote en el que se encontraban, suponía una trampa mortal, una vez huido Pierson. De apenas cuatro kilómetros de longitud, aquella masa volcánica brotada en el Pacífico Sur de las entrañas de la Tierra, quedaba fuera de las rutas de los transatlánticos y de la navegación marítima en general. En Kilúa no había agua, ni caza, ni recursos para sobrevivir. Cuando llegaron, veinte días atrás, Purdy había hecho un desagradable descubrimiento: catorce esqueletos humanos alrededor de un tonel vacío. Hallaron unos correajes antiguos y algunas armas blancas del siglo XIX alrededor de los cadáveres, lo que les llevó a deducir que aquellos infelices marinos del siglo anterior habían ido a recalar imprudentemente en Kilúa, posiblemente con la creencia de encontrar agua potable. Que no la habían hallado, se demostraba con la simple visión de los

cadáveres, cuyos brazos descarnados se tendían patéticamente hacia el barril reseco y cuarteado que, al parecer, había contenido un poco de agua antes... antes de que los desesperados robinsones la agotaran por completo y murieran deshidratados e insolados.

Purdy comenzó a gimotear. Sin su ración de mezcalina, a la que se había adaptado en Kilúa a falta del «caballo» habitual, Purdy sólo era un despojo.

McFane, el joven que dirigía los trabajos de recuperación del pecio hundido en los alrededores del arrecife, le había apostrofado días atrás, cuando Purdy obtuvo la última porción de droga a partir de un cactus parecido al mezcal mexicano.

Purdy no tenía ni puñetera idea de experiencias químicas, pero la necesidad suplía en él a los más elementales conocimientos químicos. De modo que había cortado frescas lonchas de las hojas del cactus, que después había cocido durante horas y horas. El líquido verdoso resultante se había evaporado al sol hasta desecarse totalmente. Sobre la plana vasija de aluminio; Purdy había obtenido unos granitos blanquecinos mezclados con una papilla viscosa, oscura, semejante al opio.

Temerariamente, se había inyectado una solución del alcaloide formada por agua hervida y las sales blanquecinas. El resultado había sido sencillamente maravilloso: Purdy cayó en una especie de éxtasis que le derribó primero en tierra. Después, semiinconsciente, vagó placenteramente a través de una galaxia de vivísimos colores. Sucesivamente, se le ofrecieron visiones alucinantes, eróticas, descabelladas. En conjunto, Purdy llegó a la conclusión de que el extraño «viaje» le había producido experiencias nuevas, alejadas de la realidad, pero muy satisfactorias, en resumen.

Lo deplorable fue que al día siguiente se sintió convertido en un guiñapo. Asaltado por náuseas violentas, vomitó sobre el piso de la cabaña y lo inundó todo de vapores repugnantes. Sentía tal debilidad, que fue absolutamente incapaz de moverse del camastro.

Cuando volvió en sí, Stuart McFane le agarró por los cabellos, le arrastró fuera y no se detuvo hasta arrojarle al mar, donde siguió sacudiéndole con fuerza hasta que la frescura del agua le revivió.

—No vuelvas a inyectarte esas porquerías —le advirtió el duro y musculoso McFane. No hemos venido a Kilúa a gozar de unas vacaciones, sino a trabajar en el fondo del mar. Si sigues

drogándote, me veré obligado a excluirte de los beneficios.

Pero, ¿qué beneficios?

Cierto que habían hallado restos del galeón holandés del siglo XVII, hundido a unas dos millas del extremo sur del islote. El pecio estaba profundamente hundido en el légamo. Por desgracia, la parte que sobresalía del fondo del mar estaba completamente cubierta de los corales que se habían ido formando sobre el barco a lo largo de casi tres siglos.

Con medios materiales muy limitados, los cuatro aventureros habían conseguido desenterrar unas lombardinas y varios cañones de bronce. Como piezas para coleccionistas, tal vez lograran obtener unos miles de dólares a cambio de aquellos testimonios del pasado, siempre que la operación se llevase a cabo con sigilo, clandestinamente. Pero no era eso lo que McFane, Pierson, Purdy y Joao Chaves habían venido a buscar a Kilúa, sino una considerable cantidad de monedas de oro y plata, amén de centenares de lingotes del precioso metal amarillo.

«¿Dónde está el oro, dónde está la plata?», se preguntaba Will Purdy, desengañado. Llevaban tres semanas en Kilúa. Habían trabajado de sol a sol bajo las aguas y el resultado era sencillamente decepcionante.

Quizá Stuart McFane tuviera razón cuando seguía insistiendo en que hallarían lo que buscaban si no desmayaban. Pero la verdad era que con los medios con que contaban, podrían pasar meses enteros antes de que obtuvieran algún resultado positivo.

Purdy estaba seguro de que no podría aguantar muchos meses en aquellas soledades. Añoraba intensamente las semanas vividas en Port St. Francia, después de ser expulsados de Australia. Habían recalado en aquella isla después de navegar veintiocho días siempre hacia el norte.

Como de costumbre, McFane no confesó sus proyectos a sus tres socios. De todas formas, la estancia en Port St. Francis fueron unas deliciosas vacaciones, difíciles de olvidar. Los cuatro hombres no hicieron otra cosa que dedicarse a la holganza. Bueno, McFane desaparecía y volvía al anochecer. ¿A qué dedicaba aquel tiempo? A Purdy no le importaba. Tenía algún dinero en el bolsillo y se lo gastaba alegremente en mujeres, ron y cocaína.

Después de una orgía rodeado de tres o cuatro complacientes

muchachas indígenas, Purdy se inyectaba la droga y caía en el mundo ficticio del *trip*.

Era una vida muy placentera. Las gentes de Port St. Francis eran muy agradables. Cantaban continuamente, bailaban, vestían ropas multicolores y se mostraban siempre propicias a la conversación, al amor y a la fiesta. La comida era muy buena, abundante y barata y el ron de caña corría como un chorro inagotable.

Pero ahora... Port St. Francis se hallaba muy lejos, a casi cien millas de distancia, al otro lado del mar, inaccesible.

Purdy se puso en pie, los ojos inyectados en sangre.

Tambaleándose, caminó hasta las rocas, se dejó caer de rodillas y comenzó a cavar la húmeda arena con sus propias manos.

Al cabo, y abierto un gran hoyo, comprendió que el limitado botín arrancado del fondo del mar había desaparecido. No estaban los cañones, ni tampoco la vajilla de plata que habían hallado en un cofre completamente cubierto de coral.

—¡Cerdo...! —masculló entre dientes, profundamente desalentado.

Permaneció de rodillas sobre la húmeda arena, jadeando, incapaz de reaccionar. Luego, bruscamente, se incorporó y corrió lanzando chillidos histéricos hacia la cabaña edificada sobre una colina.

Penetró en el bohío y se abalanzó sobre McFane y el brasileño, que dormían pacíficamente en sus camastros.

—¡Despertad, despertad, maldita sea! —rugió desesperadamente.

Joao Chaves se incorporó de un salto y apareció armado del descomunal cuchillo que siempre ocultaba bajo el jergón de hoja de palma.

También McFane abrió los ojos, aunque sin dar muestras de alarma. Con una mano, se alisó los espesos cabellos castaños y clavó en Purdy sus ojos grises, estáticos.

—¿Por qué esos gritos? —exclamó. Y apartó al excitado Purdy de un empujón que le arrojó al otro extremo de la vivienda.

—¡Pierson! —lloriqueó Purdy—. ¡Ha huido!

Se mesaba los escasos cabellos de color pajizo y sus labios temblaban.

—¡Se marchó! —repitió—. ¡Y se ha llevado lo poco que sacamos

del maldito galeón holandés! Ese cerdo ha huido, abandonándonos a nuestra suerte.

Derrumbándose sobre su propio camastro, hundió el barbudo rostro entre las ropas y sollozó convulsivamente.

McFane le observó con curiosidad. Luego Chaves y él cambiaron una mirada comprensiva.

Erguido en toda su estatura —media casi dos metros—. McFane cruzó el bohío, se inclinó sobre Purdy y le puso en pie de un tirón.

—Purdy —dijo, mirándole con tal dureza que Will desvió la mirada—, has vuelto a inyectarte esa porquería que te enloquece.

Y le soltó violentamente. Purdy cayó desparrado al suelo.

—¡No! —protestó—. ¡Te juro que no he vuelto a...!

—Mientes, Purdy. Si hubieras estado consciente anoche, habrías oído nuestra conversación.

—¿Qué conversación?

—¿Lo ves? Estabas drogado, maldito vicioso. Acordamos que Pierson marcharía a Port St. Francis con el fin de vender nuestro botín y obtener dinero para reponer nuestras provisiones y comprar algunas herramientas imprescindibles —pronunció secamente el gigantesco Stuart McFane.

Tomó a Purdy por los ralos cabellos y le elevó hasta que los rostros de ambos estuvieron a la misma altura.

—No te advertiré por tercera vez, Purdy. Si vuelves a fabricar esas porquerías en tu «laboratorio», te llevaré a la Bahía de los Tiburones y te arrojaré al mar después de haber cebado convenientemente a los escualos.

Purdy tembló. Sabía por experiencia propia que McFane jamás amenazaba en vano.

CAPÍTULO II

A mediodía, el sol brillaba cegadoramente en lo alto del firmamento. El mar, en calma, tenía un atractivo color azul claro y la ligera brisa agitaba las ramas de los cocoteros produciendo un rumor adormecedor.

Hacía calor, mucho calor, incluso bajo el enorme sombrajo situado en la explanada. Joao Chaves se recostaba perezosamente en una especie de hamaca, bajo la sombra. Tenía un cigarrillo entre los labios, del que aspiraba con desgana de cuando en cuando. De la cabaña próxima llegaban los fragorosos ronquidos de Will Purdy, que dormía pesadamente sobre su camastro. A veces, Chaves dirigía una mirada hacia el bohío y movía la cabeza con pesimismo.

Luego se oyó un grito de aviso y Chaves se incorporó y saltó fuera de la hamaca. Sin darse prisa, caminó al encuentro de McFane, que llegaba en ese momento a la playa a bordo de un bote neumático.

Antes de que el brasileño llegase, McFane, semidesnudo, saltó a la playa y arrastró el bote neumático sobre la arena hasta dejarlo a cierta distancia del mar. Del interior del bote, cogió tres hermosas langostas que ofreció a Joao.

—¿Quieres prepararlas? Tengo hambre —dijo.

El brasileño asintió con un gruñido, tomó las langostas —vivas todavía— y caminó vereda adelante hacia la cabaña.

McFane se libró del visor subacuático y las aletas natatorias y caminó descalzo en pos del brasileño.

Ambos penetraron en el bohío con paso cansino y perezoso. Mientras McFane se secaba los mojados cabellos con una toalla, Joao salió nuevamente con un perol en el que pensaba cocer las langostas.

McFane dirigió una ojeada al rincón donde dormía pesadamente Will Purdy.

—Maldito haragán —murmuró entre dientes, disgustado.

Fue al otro extremo de la vivienda y se inclinó sobre el mueble frigorífico. Como no disponían de electricidad, el propio McFane había acoplado al frigorífico un pequeño motor de explosión.

Agachado, enrolló la cuerda a la polea del cigüeñal, abrió el paso de la gasolina y tiró con energía.

A las fragorosas explosiones iniciales, Purdy saltó despavorido sobre la cama.

—¿Qué... qué...? —murmuró, grotescamente asustado.

—¡Levántate! Vamos a tomar un bocado. Después nos acompañarás a los arrecifes. No podemos permanecer cruzados de brazos —dijo McFane.

Salió, mientras Purdy se rascaba el cráneo vigorosamente y el motor del frigorífico zumbaba con gran estrépito.

Joao había encendido una hoguera en un extremo del sombrero. Luego tomó agua de mar de un bidón de plástico y puso las langostas a cocer.

McFane se sentó en el rústico asiento formado por medio tronco de cocotero. Recostado en el respaldo de palma que el brasileño había trenzado habilidosamente, suspiró.

Dirigió una larga y penetrante mirada al horizonte marino, quizá esperando distinguir en la lejanía el puntito correspondiente a una embarcación a motor: la gran lancha-yate en la que debería volver Glen Pierson. Pero sus ojos, que avizoraban con gran interés el mar, nada pudieron captar en el inmenso confín oceánico.

Consultó su reloj. Eran las dos de la tarde.

«Glen debería estar aquí ya», pensó.

Naturalmente, conocía el carácter de su socio. Glen Pierson era excesivamente alegre, jaranero y mujeriego. Y en Port St. Francis abundaba todo lo que podía volver loco a un hombre tan «lanzado» como Glen.

Sin embargo, McFane le había advertido estrictamente antes de partir:

—No te recrees en Port St. Francis. Sólo nos quedan cincuenta litros de agua potable y unas pocas latas de conserva. Vende la vajilla de plata y los cañones. No regatees demasiado, no pierdas el

tiempo. Trata directamente con François Cotaille y dile que te envío yo. Pídele cuatro mil dólares por el lote. Si adviertes que duda, convéncele de que seguirá haciendo buenos negocios con nosotros si nos paga ese dinero y se muestra discreto. Compra todo lo que te he encargado y vuelve cuanto antes.

—¿Crees que encontraremos algo valioso en ese pecio? No veo las cosas muy fáciles —comentó el pelirrojo Pierson—. Si nos equivocáramos...

McFane le dirigió una penetrante mirada de sus inexpresivos ojos grises.

—Nosotros podemos equivocarnos, Glen, pero la Historia jamás se equivoca —respondió.

Pierson no fue capaz de desentrañar aquellas enigmáticas palabras. Sin embargo, si tenía fe en algún ser humano, ése era precisamente Stuart McFane, junto al que había sufrido cuatro largos años de prisión en Sydney.

Pierson se marchó de madrugada, aprovechando la marea.

—Ya es hora de que esté de vuelta —se dijo McFane, aunque la ausencia de Pierson no le preocupase particularmente.

Volvió al bohío. Purdy seguía rascándose denodadamente el ralo cráneo, muy nervioso. McFane conocía tales síntomas: Purdy cada vez necesitaba más y más dosis de la extraña droga que él mismo se preparaba a partir de las hojas del cactus. La noche anterior, Stuart había hallado un frasco perfectamente envuelto en tiras de tela, oculto en tierra bajo el camastro de su compañero. Contenía aquella pasta marrón que Purdy diluía en agua hervida para inyectarse después. Por supuesto, que había destrozado el frasco y diseminado su contenido por la arena. Pero Purdy debía contar con alguna remesa secreta de mezcalina, pues era evidente que seguía inyectándose a juzgar por su lamentable aspecto.

Le miró fijamente. Le dirigió una de aquellas profundas miradas que tanto impresionaban a Purdy. E incluso su voz era amable cuando preguntó:

—¿Por qué, Purdy, por qué? Aún eres joven y, sin embargo, te obstinas en destruirte. Estamos muy cerca de hacernos ricos, ¿quieres creerlo? Tienes la posibilidad de rehacer tu vida, de convertirte en un hombre respetable, de abandonar la miseria y la mierda en que siempre te has movido. ¿Por qué no lo intentas?

—No puedo —respondió Will, patéticamente.

—¿No puedes? —rugió McFane, encolerizado.

Se acercó a aquel desecho humano y a punto estuvo de emprenderla a golpes con él. Pero no podía hacerlo. Purdy se merecía cualquier castigo, por cruento que fuera, pero McFane no era un verdugo.

—¿Sabes por qué te traje aquí? —inquirió, sin dejar de escrutarle con fijeza.

Purdy se movió inquieto.

—Ya lo sé: te doy lástima —barbotó. Y tornó a rascarse la cabeza. Luego trató de arrancarse la grasa depositada en sus sucias uñas.

—¿Lástima? No, estúpido. Creí que podría hacer de ti un hombre. Pensé que en Kilúa te verías obligado a abandonar el vicio. Aquí no hay proveedores de heroína o cocaína, sino vida salvaje al aire libre. Tuve la esperanza de que consiguieras vencer el vicio, pero te las arreglaste para encontrar esos cactus semejantes al mezcal... Me das pena, Purdy. No nos sirves de nada, sólo supones un estorbo, una responsabilidad que añadir a los peligros con los que ya contábamos...

Purdy no respondió.

—Está bien, sal de aquí. Vamos a comer —dijo McFane.

No quería dejarle solo en la cabaña. Era posible que Purdy —si efectivamente disponía de aquella reserva de mezcalina—, volviera a inyectarse la ponzoñosa solución en cuanto McFane saliera del bohío.

Cuando Purdy salió, tambaleante como un guiñapo, Stuart abrió el frigorífico y comprobó que se había formado abundante hielo en el congelador. Tomó una jarra de cristal de una rústica estantería, puso en ella una docena de cubitos de hielo, un trozo de piña congelada, medio limón en lonchas y media botella de ron comprado en Port St. Francis. Ocultó la botella en un hueco a tres metros de altura, entre el tejido de palma, y salió de la cabaña.

Joao atendía el fuego y Purdy se había dejado caer a la sombra.

Una nueva y ansiosa mirada al horizonte. No había señales de Pierson y la lancha. Paciencia. Estaba seguro de contar con la lealtad de Pierson. Llegaría, antes o después, con agua potable, abundantes provisiones y la maquinaria y herramientas que le había

encargado comprar.

McFane se dejó caer sobre el asiento, puso la jarra a la sombra sobre la arena y cogió un cigarrillo del paquete del brasileño. Joao se acercó y le tendió su rústica vasija, formada por medio coco. McFane le echó una buena ración de la refrescante bebida alcohólica de la jarra y Chaves se alejó para seguir atendiendo la cocción de las langostas. Purdy, que les había estado observando con ansiedad, se incorporó, tomó una de aquellas tazas de la rústica mesa situada en medio del sombrero y después de sacudirla para librarla del polvo acumulado en su fondo, la tendió a McFane.

—Echame un poco —suplicó.

El gigante de piel bronceada vaciló. Luego, sin embargo, tomó la jarra y vertió el fresco líquido en el cuenco.

Purdy se retiró a un extremo y, de espaldas, bebió con ansia. Con tanta ansia, que un chorrito del líquido helado se vertió y fue engullido rápidamente por la arena seca.

McFane le miró con lástima.

Se confesó a sí mismo que se había equivocado con Will Purdy. Si en un principio, tuvo la esperanza de que Purdy lograra vencer al vicio, ahora comprendía que jamás lo lograría.

Sentía compasión, sí. El, Stuart McFane, que no había tenido compasión de sí mismo.

Conocía la historia de William Purdy, aquel inglés de treinta y pocos años, prematuramente convertido en una ruina física.

Sabía que Purdy había cumplido una condena de doce años en la penitenciaría de Sydney. Había recalado en Australia, después de una adolescencia dedicada al delito, con la esperanza de rehacer su vida y borrar de golpe toda su existencia anterior.

Al principio había conseguido algún éxito. Obtuvo un buen empleo en el puerto, ahorró algún dinero e incluso compró una casita en un barrio de obreros. Había conocido por entonces a Pascualina Morante, una guapa italiana de veinte años. Se enamoraron y se casaron.

Purdy ascendió de categoría en su trabajo y se permitió comprar un gran automóvil de segunda mano, s Su trabajo en el puerto le perdió: unos mañosos le propusieron participar en un negocio ilícito que consistía en distraer mercancías valiosas de los tinglados encomendados a su custodia. Ganó mucho dinero en poco tiempo y

cambió su modesta casita de Corricane por una lujosa villa en el barrio residencial de Palm Forest. Mantener aquel tren de vida supuso para Purdy complicarse la existencia hasta el límite.

Contrajo deudas, pero sus socios le hacían fáciles préstamos, que Purdy jamás podía liquidar. A cambio de ello, le presionaban cada vez más, implicándole en una operación de colosales proporciones. Purdy no percibía un centavo: simplemente, enriquecía a sus socios de la mafia a cambio de que éstos aplazaran el pago de su cuantiosa deuda.

Se dio a la bebida y a la droga. Una noche, en el paroxismo de la locura provocada por las drogas, golpeó a su esposa hasta matarla. Pascualina esperaba un hijo. Precisamente el hijo que Purdy había anhelado siempre.

Naturalmente, la policía le detuvo al día siguiente. Su delito era gravísimo: parricidio. Y las autoridades judiciales no quisieron admitir que Purdy había cometido aquella salvajada en estado de absoluta responsabilidad. Confesó de plano y fue condenado a cadena perpetua.

En la prisión, Purdy no provocó jamás un solo conflicto. No se trataba de una reflexión moral encaminada a regenerarse y enderezar su lamentable conducta, sino que se dedicaba a vegetar pasivamente, agobiado por el peso de su culpa.

Su «buena conducta» le valió una considerable reducción de condena. Cuando le pusieron en libertad, las autoridades australianas decidieron expulsarle. Pero mucho antes, Purdy había conocido en la prisión al hermético Stuart McFane.

Y ahora...

McFane comprendía que jamás debió incluir a aquel pobre hombre en su aventura. Ciertamente que, en algún modo, disculpaba su negligencia y sus vicios, pero McFane no había emprendido su proyecto en Kilú para fracasar. Y un tipo como Will Purdy suponía un peligro cierto para el éxito de la operación que había planeado a lo largo de miles de días de reclusión.

Mientras fumaba el cigarrillo, Stuart reflexionaba, tratando de encontrar una solución al problema que le planteaba el incorregible Purdy.

Una posibilidad era complacer los deseos de Purdy, que había pedido repetidamente ser devuelto a Port St. Francis. Le daría algún

dinero y se olvidaría de él.

Movió la cabeza instintivamente.

No, deshacerse de Purdy no era una solución efectiva. Sobre todo porque Purdy se iría de la lengua en cuanto se supiera a salvo de las iras de McFane. De ello estaba seguro. En cuanto llegase a Port St. Francis, Purdy se reuniría con unas cuantas indígenas complacientes, organizaría una orgía, se emborracharía y se pincharía. El peligro surgiría después, cuando su socio se encontrase con los bolsillos vacíos. En Cuanto se le pasase el efecto del alcohol y las drogas, Purdy recordaría todo y al verse sin dinero, intentaría vender su secreto a buen precio.

Para olvidar aquellos pensamientos, Stuart encendió la radio a transistores del brasileño y se abstraigo escuchando una dulzona melodía del Sur. Sopló una ligera brisa y Stuart hinchó sus pulmones del fresco aire salino.

Bebió un poco de la jarra y dio una chupada al cigarrillo. Con los ojos entornados, contemplaba la inmensa extensión azul del mar, reverberante a la plena luz del sol de mediodía.

Se sentía a gusto allí. ¿Qué cosa mejor podía desear un hombre como Stuart McFane? Una bella isla desierta, alejada del bullicio del mundo, solitaria y silenciosa, donde podía vivirse en perfecta simbiosis con la Naturaleza, lejos de las pasiones mundanas, de la ambición y del ruido.

¿Qué necesitaba un hombre para vivir en Kilúa? Poca cosa, a excepción del agua, pues todo lo demás podía encontrarse en la isla: el mar ofrecía pesca abundante y variada. También crecían generosamente los cocoteros, de los que podía obtenerse zumo, aceite y fibras para construir muebles. En algunos lugares crecían espesos matorrales verdes en los que se guarecían las aves. Kilúa era lugar de paso para las aves migratorias, por lo cual era fácil abastecerse de caza. Disponiendo de algún sistema de captación de agua, se podrían roturar las tierras bajas de la isla y cosechar legumbres y verduras. Tampoco era difícil mantener una granja donde criar gallinas y cerdos.

En Kilúa, la vida humana podía desarrollarse plenamente. Ciertamente un hombre tendría que esforzarse constantemente para sobrevivir, pero la actividad ayuda a mantener sanos el cuerpo y el alma.

Sí, a McFane le gustaría vivir por el resto de sus días en Kilúa, apaciblemente, pescando, desafiando al mar y a los tiburones, construyéndose sus muebles y utensilios con sus propias manos, cuidando su huerto y su granja y pasando largos ratos en la contemplación del mar, eternamente cambiante.

Sólo veía un impedimento: la soledad. Durante los primeros meses, McFane estaría demasiado ocupado para pensar en algo más que en resolver su vida y su seguridad, pero, ¿después?

—¡Eh, la pitanza está preparada! —gritó en ese momento Joao Chaves. Y los pensamientos de McFane se recluyeron en algún lugar recóndito de su cerebro.

El brasileño había dispuesto unos platos sobre la rústica mesa y trinchaba hábilmente las exquisitas langostas, que sazonó en seguida con zumo de tomate y un poco de limón.

Purdy se acercó poco menos que arrastrándose, devoró su porción en un santiamén y se retiró unos pasos. Se dejó caer contra un poste del sombrayo y se adormiló en seguida.

Joao fue al bohío y volvió con dos botellas de cerveza casi helada. Los dos hombres comieron y bebieron en silencio, sin prisas.

El brasileño dejó de masticar un momento y clavó su mirada en el confín del horizonte.

—Tarda demasiado nuestro compadre —murmuró, moviendo cadenciosamente la cabeza.

McFane asintió con un gruñido.

—Tarda, sí. Ya debería estar aquí —dijo. Engulló un buen trozo de langosta, masticó despaciosamente y añadió—: Quizá surgieron complicaciones.

—¿El francés, Cotaille?

—Es posible. Cotaille tiene un almacén bien surtido, pero quizá no dispusiera de la moto-bomba que Pierson iba a comprarle. Si es así, el francés tendrá que hacer el pedido y aguardar a que se lo sirvan.

—Pero Pierson sabía que debía volver inmediatamente con las provisiones y el agua —sugirió el moreno Joao.

Era cierto. McFane había sido tajante en esto: Pierson debía volver cuanto antes con el agua y las vituallas. Si era necesario volver a Port St. Francis, se haría un segundo viaje para recoger la bomba de absorción.

—Volverá, ya lo verás —afirmó, sin darle importancia.

Pero Chaves no parecía tan convencido.

—¿Y si no volviera? —planteó, irguiendo la cabeza y buscando la mirada de su compañero—. Tú sabes que Glen se vuelve loco cuando tiene un buen puñado de dólares en el bolsillo.

McFane carraspeó, disgustado.

La desconfianza, siempre la desconfianza. Le disgustaba profundamente que sus socios no confiaran entre sí.

—Glen sabe lo que tiene que hacer, eso es todo —murmuró adustamente. Y dedicó toda su atención al yantar.

Después de comer, descansaron durante una hora bajo la fresca sombra de la enramada. Como de costumbre, Will Purdy roncaba estrepitosamente. Más allá, retirado prudentemente de él, el brasileño dormitaba apaciblemente, recostado sobre su costado izquierdo. Parecía muy tranquilo y confiado, pero bajo el puñado de hojas secas que le servía de almohada, sobresalía el mango de su temible cuchillo. Chaves jamás se olvidaba de su arma.

El único que no dormía era Stuart McFane.

De nuevo pensaba en la posibilidad de quedarse a vivir para siempre en la lejana Kilúa.

Una pregunta flotaba insidiosamente en su cerebro.

Si lo que más anhelo es una vida sencilla y reposada, ¿por qué me esfuerzo en extraer una fortuna del fondo del mar?

CAPÍTULO III

La pesada maza de hierro golpeaba una y otra vez sobre los corales. La inmersión era a pulmón libre y McFane se veía obligado a emerger cada dos minutos. De todas formas, entre él y el brasileño habían realizado un buen trabajo aquella tarde: después de insistir e insistir hasta la fatiga, habían abierto una buena brecha en los corales y la amura de babor del galeón holandés estaba a la vista.

McFane sólo deseaba eso: abrir un agujero lo suficientemente grande para permitir el paso de un buceador y desentrañar los misterios de la bodega del buque.

A punto de estallar sus pulmones, Stuart soltó la maza y taloneó con fuerza hacia la superficie.

El bote neumático estaba arriba, meciéndose sobre el leve oleaje que se estrellaba contra las rompientes. Aunque un cabo sujetaba la embarcación a un saliente del arrecife de coral, Purdy se esforzaba con los remos para mantener el bote justamente sobre el pecio.

McFane llegó arriba, se afianzó al cordaje que cubría los costados del bote y respiró afanosamente durante unos minutos.

—¿Qué...? —Gruñó el brasileño, expectante. Mantenía un rifle «Remington» de 400 grains cruzado sobre sus musculosos muslos de color chocolate como mínima prevención contra la presencia de tiburones, pues los escualos se acercaban a veces a los rompientes.

—He... he logrado llegar a la amura del galeón —jadeó—. Un poco más y lograremos llegar al interior del barco.

McFane tensó sus brazos y se izó a pulso sobre el bote. Cuando se hubo secado las manos, Joao le tendió el rifle y se dispuso a zambullirse. Antes de que desapareciera, McFane le recomendó:

—Sigue insistiendo un poco más allá de la amura de babor. Las maderas de la cubierta deben estar podridas y cederán, antes o

después. Entonces sabremos qué es lo que contiene en realidad este cascarón.

El brasileño asintió con un gruñido. Sentado de espaldas al mar, se ajustó a la cintura la funda con el largo y afilado cuchillo, bajó el visor sobre los ojos y se dejó caer al agua.

McFane le siguió atentamente con la mirada. Las aguas eran tan limpias y transparentes que permitían ver el fondo del mar hasta quince o veinte metros. Esto suponía una ventaja contra el peligro que suponían los tiburones, abundantes en las aguas de Kilúa, aunque los escualos preferían frecuentar los acantilados situados al Oeste, donde abundaban los cefalópodos, bocado preferido de aquellos depredadores marinos.

Sin embargo, era preciso permanecer vigilante durante las inmersiones, pues no era la primera vez que el peligro surgía de repente. Por lo general, los tiburones azules de Kilúa no solían atacar a los buceadores. Aparecían inopinadamente en los arrecifes, evolucionaban sobre el pecio y observaban con curiosidad a los submarinistas. Al cabo, se alejaban hasta desaparecer majestuosamente en los recovecos del brillante coral.

Si alguno de los escualos se acercaba demasiado a los buceadores que trabajaban abajo, el vigilante solía disparar dos o tres veces, más con ánimo de asustar a los tiburones que de herirlos, aunque el «Remington» de grueso calibre podía matar fácilmente a uno de los animales si se les acertaba en algún punto vital.

Sin embargo, Para McFane matar a un tiburón era indeseable, pues la sangre de un tiburón herido atraerla inmediatamente a sus congéneres. Los escualos pueden percibir el olor de la sangre y los movimientos convulsivos de un pez herido a gran distancia. Entonces acuden en manadas y enloquecen, acometen al herido y le devoran en pocos instantes. Pero la carnicería suele despertar en los escualos su instinto de depredadores. Una vez lanzados, no suelen conformarse con una sola presa.

Sin embargo, un peligro mil veces más cierto y latente lo suponían las barracudas. Estos animales solitarios, son muy peligrosos pues suelen acometer a cualquier ser vivo que se pone a su alcance.

El propio McFane había tenido una desagradable experiencia en relación con una descomunal barracuda. Stuart se encontraba bajo

el mar, trabajando en el pecio, cuando un enorme pez se lanzó sobre él sin previo aviso. Normalmente, las barracudas suelen tener unos tres metros de longitud, pero la que atacó a McFane tenía más de cuatro metros. Surgió inesperadamente, nadando sobre el fondo, antes de que Pierson —que vigilaba arriba— tuviera posibilidad de detectar su presencia.

McFane percibió su alargada sombra y de pronto se encontró ante las enormes mandíbulas abiertas con su doble hilera de dientesafiladísimos. No pudo hacer otra cosa que dejarse caer y talonear desesperadamente. Los dientes de la barracuda no le alcanzaron milagrosamente, pero el buceador sintió en su espalda el desagradable roce de las espinosas aletas del gran pez.

La barracuda, que había pasado junto a él como un torpedo, evolucionó a doce metros de distancia y volvió nuevamente.

A la desesperada, McFane nadó de espaldas hacia la protección del arrecife. Logró incrustarse en una oquedad de bordes erizados y sacó su cuchillo de buceador.

La barracuda se aproximó con cautela y McFane pudo ver su enorme cabezota a menos de un metro de distancia. Por fortuna, en aquella ocasión Stuart llevaba a la espalda su equipo de respiración autónoma y pudo aguardar con cierta tranquilidad la embestida de la bestia, que abrió sus fauces y avanzó lentamente, decidida a arrancar su presa de la rendija coralina en la que se escondía.

McFane vio un ojo enorme que le espiaba malignamente. Con temeridad, movió celéreamente su brazo armado y clavó profundamente su cuchillo en aquel ojo.

Brotó un chorro de sangre y la barracuda se retorció convulsivamente, herida de muerte. En cuanto el animal se alejó, agitándose agónicamente y dejando tras sí un ancho reguero sangriento, McFane abandonó su escondrijo y nadó desesperadamente hacia la superficie.

Pierson y Joao le ayudaron a subir al bote.

—¡Aprisa, aprisa! —gritaba el brasileño—. ¡Los tiburones no tardarán en llegar!

Tenía razón. Minutos después, el mar era un hervidero de escualos que se disputaban a dentelladas el cuerpo de la barracuda, que desapareció en breves minutos en los estómagos de los escualos.

A partir de aquella desagradable experiencia, McFane trabajó con mayor cautela. Allá abajo, jamás daba la espalda al mar abierto y procuraba mantenerse siempre próximo a la barrera de coral. Lo ideal hubiera sido trabajar en el interior de una jaula metálica, pero las posibilidades del grupo de buceadores no llegaban tan lejos.

McFane temía menos a los tiburones. Y no es que los selacios no supusieran un latente peligro de muerte, pero era distinto: un tiburón jamás ataca sin previo aviso, o eso era, al menos, lo que solía decir Chaves, que tenía gran experiencia con los depredadores del mar, pues había sido pescador de ostras perlíferas en las costas del Brasil.

Joao subió en ese momento, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Tienes razón! —exclamó, muy animado—. He descubierto la cubierta de proa y las maderas se rompen fácilmente. Si hay suerte, habremos abierto un agujero antes de terminar la jornada.

Volvió a zambullirse una y otra vez, hasta que se sintió exhausto y subió definitivamente al bote.

—¡Lo conseguiremos, estoy seguro de que lo conseguiremos! —anunció, sin disimular su excitación.

También McFane se animó. Sólo Purdy, amodorrado en la popa del bote, permanecía indiferente al júbilo de sus compañeros.

—Se ha largado, dejándonos en la estacada. Ese cerdo nos ha gastado la broma más sucia que podíamos imaginar —gruñía de cuando en cuando.

Se refería a Pierson, naturalmente. McFane se encrespó.

—¿Quieres callarte de una maldita vez? —estalló, aunque rara vez perdía los nervios—. Glen volverá, estoy seguro.

Pero la insistencia del agorero Purdy comenzaba a hacer mella en su ánimo. ¿Conocía McFane lo suficiente a Pierson como para poner por él la mano en el fuego? A fin de cuentas, Glen no era sino un aventurero más, sin código moral, sin escrúpulos.

—¿Y si no volviera? —Tornó a insistir Purdy.

La pregunta flotó sobre ellos como un mal presagio. Instintivamente, Stuart dirigió una ávida mirada hacia el sureste, la dirección aproximada en que se encontraba Port St. Francis. No había rastro de ninguna embarcación en todo lo que abarcaba la vista.

—No hay por qué desesperarse —respondió McFane, sin perder

el ánimo—. En Kilúa hay pesca abundante, es fácil sobrevivir.

—¿Y el agua? —insistió el drogadicto, tercamente.

—Tenemos cocos para resistir muchos días.

—¿Cuántos días? Probablemente, pasarán muchos meses, incluso años, antes de que algún barco se acercase por aquí. Además, nadie nos buscará. Por tu voluntad, hemos mantenido en secreto nuestros movimientos. Salimos de Port St. Francia sin dar cuenta a nadie de nuestro destino. Eso quiere decir que si Pierson ha decidido marcharse con nuestro dinero para no volver, moriremos irremisiblemente —aseguró sombríamente Purdy.

Como una sombra siniestra, el recuerdo de los catorce esqueletos hallados en una caverna del interior de la isla flotó sobre ellos.

McFane agitó la cabeza con energía.

—Volvamos a tierra —decidió de pronto—. Por hoy, hemos hecho bastante.

Joao arrebató los remos a Purdy, se sentó y bogó con fuerza hasta el arrecife para soltar el cabo que sujetaba el bote. Luego y ayudado por el suave oleaje, condujo la embarcación hasta la playa.

Saltaban a tierra, cuando se volvieron al escuchar aquel rumor que provenía del mar.

El brasileño prorrumpió en un grito jubiloso.

—¡Heeey! ¡Ahí está Pierson!

En efecto, la gran embarcación a motor que McFane adquiriese en Australia estaba sorteando el canal de acceso entre los arrecifes. El yate avanzó con mayor velocidad y luego se deslizó por su propia inercia hasta fondear en el embarcadero.

Incluso Purdy se animó. Sus ojos de albino parpadeaban, legñosos como siempre.

—¡Es él, es él! —gritó. Y añadió, estupefacto—: ¡Y trae compañía!

McFane entornó los oídos, asombrado.

Porque Purdy decía la verdad: con Glen Pierson venían otras personas.

—¿Cómo se ha atrevido a...? —masculló Stuart, colérico.

Y corrió hacia el embarcadero, sintiendo que la furia se desataba en su interior.

Cuando estuvo más cerca, comprobó que Pierson se hacía acompañar por... cuatro mujeres, las cuales descendieron

alegremente de la embarcación en cuanto Purdy y Joao sujetaron los cabos.

CAPÍTULO IV

La joven de los cabellos rubios avanzó decididamente hacia tierra.

Era una mujer bellísima, de estatura mediana, armoniosamente proporcionada y rasgos exóticos, pómulos pronunciados, nariz respingona y ojos dorados. Sus cabellos de un rubio oscuro, trigüeño, contrastaban extrañamente con sus rasgos faciales propios de una indonesia.

Detrás de ella y parloteando animadamente, caminaban tres muchachas indígenas de Port St. Francis.

McFane, inmóvil, miró fijamente a la joven de los cabellos rubios. Ella entreabrió con ansiedad los gruesos labios carnosos al sentir la mirada de los ojos grises posada sobre su silueta airosa.

Pero el hombre cruzó junto a ella y se dirigió airadamente hacia Glen Pierson, que descendía en aquel momento del yate.

La ira mal contenida vibraba en los labios de Stuart McFane cuando tomó a Pierson de un brazo y le zarandeó con violencia.

—Pero... ¿cómo te has atrevido? —Silabeó, descompuesto—. ¿Por qué has traído aquí a estas mujeres?

Glen se deshizo de un tirón y golpeó con la espalda el costado de la embarcación. Desconcertado, respondió:

—¡Pero... pero yo creí que te sentirías satisfecho! Esa muchacha me dijo que tú y ella... Bueno, que os entendíais, que erais amantes. Me abordó en Port St. Francis, me aseguró que tú y ella estabais enamorados, que tú habías prometido volver a por ella. Insistió e insistió en que sería bien recibida aquí y...

—Eres un idiota, Glen —murmuró Stuart sordamente.

—¡Pero...!

—Esa mujer no me importa —pronunció McFane fríamente—. Nuestra relación se limita a unas cuantas noches. Has cometido un

error tremendo al traerla aquí, Glen.

Pierson se inmutó.

Pero McFane le acosó.

—¿Y las otras? ¿Por qué trajiste a esas jóvenes indígenas? —inquirió.

Pierson se mordió el labio inferior. McFane le escrutaba fijamente y Glen se sentía incapaz de soportar aquella penetrante mirada.

—Bueno, la del vestido azul es Landa Wakatipu, la amiga con la que compartí mis días en Port St. Francis. Las otras dos son Hapiti y Wami. Amigas de Landa. Me pidieron venir a Kilúa. Wami es la amante de Joao y Hapiti tuvo algo que ver con Purdy —explicó el pelirrojo, desviando los ojos.

McFane maldijo entre dientes.

Conteniendo su ira a duras penas, rezongó:

—Pero, ¿qué te crees que es esto, un lupanar? ¿Un lugar de recreo donde revolcarse con bellas indígenas? Maldito seas, idiota, has echado a perder mis proyectos. ¿Crees que podemos seguir trabajando en el galeón en la presencia de estas mujeres, que se irán de la lengua en cuanto vuelvan a Port St. Francis?

McFane parecía tan furioso, que Pierson no se atrevió a decir nada. Sólo cuando advirtió que su socio comenzaba a serenarse, susurró:

—Ellas no saben nada del motivo que nos trajo a Kilúa. Green que nos dedicamos a las perlas y no hay ningún motivo para hacerles creer otra cosa. En las aguas de esta isla abundan las ostras. Pues bien, podemos fingir que sólo nos interesan las perlas.

McFane no dijo nada, pero los nudillos de sus manos blanqueaban y sus ojos grises tenían un tono acerado.

—Un poco de compañía femenina no nos vendrá mal —insistió Glen, que se esforzaba en congraciarse con él—. Escucha, Stuart: llevamos más de veinte días viviendo en solitario en esta isla. Con la soledad, nuestros ánimos comenzaban a exacerbarse, a caldearse... Esa mujer, Kiri Warner, me convenció de que a ti te agradaría su visita. Entonces... entonces pensé que la presencia de una sola mujer, y tan hermosa como Kiri, nos excitarla a todos. Por tanto, cuando las otras Jóvenes se mostraron dispuestas a hacer una visita a Kilúa, acepte su proposición. Pensé que si cada uno de

nosotros tenía a su alcance a una mujer, no se exaltarían los nervios, Por eso las traje.

Stuart se irguió e hinchó su ancho pecho de aire.

—Pues bien: las devolverás dentro de un día o dos a su lugar de origen —decidió bruscamente.

—Pero...

—Soy yo quien dirige este grupo, ¿no es cierto? Pues está decidido: volverás a Port St. Francis y te llevarás a esas mujeres —insistió McFane—. Su estancia aquí solo serviría para provocar conflictos.

Dando el asunto por liquidado, Stuart se interesó por el resultado de las gestiones de Pierson en Port St. Francis.

—Resultó mejor de lo que esperábamos: Cotaille valoró en cinco mil dólares nuestro botín. En cuanto di mi visto bueno, el francés se apresuró a servir la lista de tu pedido. He traído abundantes provisiones, agua y la maquinaria que necesitábamos. También compré a Cotaille explosivos para acelerar los trabajos en el pecio. En la cuenta de Cotaille, disponemos aún de algo más de dos mil dólares. Naturalmente, no me entregó ninguna cantidad en metálico —informó Pierson.

McFane aprobó el trabajo de su compañero con un movimiento de cabeza.

—Bien. Vamos a descargarlo todo —propuso.

No se había vuelto ni una sola vez para mirar a la muchacha rubia que aguardaba a veinte metros de distancia. Las otras mujeres estaban hablando animadamente con Joao Chaves y Will Purdy.

—¿No vas a decirle nada? —susurró Glen, con una sonrisa irónica bailando en sus labios.

McFane se volvió bruscamente. Luego, decidido de pronto, caminó hacia la mujer.

La contempló a tres pasos de distancia, con los ojos entornados.

—¿Por qué viniste? —preguntó con voz ronca.

Kiri se mordió el labio inferior.

—Ya veo que he cometido una equivocación —respondió, mirándole de soslayo—. Por un momento, creí... Pensé que probablemente guardarías un recuerdo agradable de mí, pero ahora comprendo que no valía la pena. Tú me has olvidado por completo, Stuart.

McFane no supo qué decir.

¿Olvidarla? Claro que no era fácil olvidar a una mujer como Kiri Warner. Cuando la abrazó por primera vez en la penumbra protectora de los jardines del Hotel Grand Ocean, McFane había experimentado una emoción tan intensa como no recordaba haber sentido jamás con otra mujer. Bajo sus dedos ansiosos, la piel delicada de la mujer vibraba perceptiblemente y el hálito de su respiración entrecortada acariciaba el rostro del expresidiario.

Preso de una intensísima agitación, él había pronunciado: «Estoy loco por ti. ¡Te amo, Kiri!». Y ella se le había entregado mansamente, noche tras noche.

McFane plegó los labios en una mueca despectiva.

—Me sentía ansioso por abrazar a una mujer después de... No importa. Necesitaba una mujer y tú estabas allí —pronunció, desviando los ojos—. Te tomé. Probablemente, dije alguna tontería. Pero de ahí a imaginar que estaba enamorado de ti...

—Lo suponía —murmuró ella, brillantes los ojos. Parecía dolorida y desilusionada. De improviso irguió el maravilloso busto y declaró—: Estoy dispuesta a volver a Port St. Francis en cuanto sea posible.

No dijo que se había hecho ciertas ilusiones, que había imaginado pasar unos días maravillosos con McFane en la salvaje y alejada isla de Kilúa, que había aguardado un recibimiento muy diferente por parte del individuo alto y vigoroso que permanecía rígidamente erguido ante ella a unos pasos de distancia.

—Pierson os devolverá a vuestra isla dentro de uno o dos días —anunció McFane.

Dio media vuelta y se reunió con Pierson, que estaba muy atareado descargando varios cajones de la embarcación.

Kiri se alejó. Caminaba cadenciosamente sin volverse hacia atrás y el viento hacía flamear la orla de su sutil vestido de tejido azul.

Se oyó el grito de McFane, llamando a Purdy y al brasileño. Kiri se sentó en lo alto de un promontorio de rocas volcánicas y allí permaneció inmóvil, contemplando impasible el mar rizado, mientras la brisa vespertina hacía ondear atractivamente la larga melena rubia.

Entretanto, Landa, Wami y Hapiti habían escalado la colina y penetrado en el bohío, en cuyo interior, probablemente, lo estarían

curioseando todo.

Al ponerse el sol, los cuatro hombres habían acarreado un gran montón de cajones y un par de bidones bajo la enramada.

Estaba oscureciendo. Joao había encendido una hoguera y el aire se impregnaba del aroma penetrante de la carne fresca que se asaba a las brasas. Las mujeres habían descendido de la colina y se movían alrededor de la hoguera, hurtándose a los pellizcos de Purdy y el brasileño, que las perseguían procazmente. Después apareció McFane y todos se tranquilizaron un tanto.

Pierson le tendió una botella de cerveza.

—¿Y Kiri, dónde está? —exclamó.

McFane giró y dirigió una mirada hacia el promontorio rocoso. Kiri Warner continuaba sentada en las rocas, ajena a todo.

Las muchachas de Port St. Francis la llamaron a gritos, siguiendo órdenes de McFane, pero Kiri continuó allá en lo alto, imperturbable.

Finalmente, aunque a regañadientes, McFane se decidió a subir por ella. Kiri no le miró. Cruzaba los finos y bronceados brazos bajo el erguido busto y permitía que el viento agitase con fuerza sus brillantes cabellos. Su mirada estaba fija en el mar, como si la oscura masa oceánica ejerciera un influjo hipnótico sobre ella.

Stuart la admiró en silencio. Era bellísima, deseable, mil veces atractiva... Sólo que él no pensaba atarse a nadie, a ninguna mujer, aunque fuera tan hermosa y atrayente como Kiri Warner.

—Vamos, baja de ahí. La cena está lista —dijo el hombre, sin aspereza.

Pero ella no se movió.

—¿Qué esperas para venir?

—No tengo apetito, no pienso comer nada. Esperaré aquí hasta que estéis dispuestos a devolverme a Port St. Francis —respondió la joven, hermética.

Los blancos dientes del hombre destellaron en una sonrisa irónica.

—Como quieras —dijo—, pero te advierto que esas rocas en las que te sientas están plagadas de escorpiones.

Se oyó un grito de espanto y el rumor de unas piedras que rodaban cuesta abajo. Un instante después, una temblorosa Kiri se abrazaba a Stuart McFane.

El no fue capaz de disimular una carcajada. Entonces, ella se desasíó bruscamente del hombre y se separó unos pasos.

—¡Eres un...! —murmuró, humillada. Pero enmudeció y echó a andar con pasos vivos hacia el lugar donde se alzaban las alegres llamaradas de la hoguera donde se asaba la carne fresca traída por Pierson desde Port St. Francis.

Cuando llegaron, hombres y mujeres se entregaban alegremente a devorar grandes pedazos de carne humeante. Corría abundante la cerveza y todos parecían gozar de un excelente humor, incluido el derrotista Will Purdy, quien entre bocado y bocado metía mano descaradamente a la ardiente y rotunda Hapiti.

McFane se sentó a la mesa y Glen puso ante él un plato de aluminio con un hermoso pedazo de carne, dorada y jugosa.

Antes de probar bocado, tomó el plato y se lo ofreció a Kiri, que se había sentado sobre un tronco de cocotero, a cierta distancia del grupo. Ella alzó la mirada, pero rehusó la comida con un ademán categórico. Stuart sonrió y dejó el plato al alcance de su mano sobre un tocón, tras lo cual se acercó a Pierson y recibió una nueva ración de carne asada.

Al fin, todos estuvieron comiendo en silencio, aunque de cuando en cuando Landa cuchicheaba al oído de Glen y las otras jóvenes reían entre dientes, dirigiendo furtivas miradas a McFane y a Kiri.

Stuart devoraba la carne con fruición, entre trago y trago de cerveza. Disimuladamente, espiaba a Kiri, que finalmente fue incapaz de resistir la tentación que suponía su plato de carne y se puso a Comer como todos.

Aunque McFane no quería percibirlo, el ambiente había cambiado. Era un espíritu nuevo el que la presencia de Pierson y las mujeres había traído a Kilúa. A la soledad y tristeza de las dos jornadas anteriores, había sucedido la animación, las risas excitadas de las muchachas de Port St. Francis. Los hombres tenían la mirada más viva y se esforzaban en mostrarse amables y pulcros.

Después de la cena, McFane preparó un gran cuenco en el que vertió ron, azúcar, jugo de piña y de lima, rajas de limón y un chorro de *bourbon*. Lo removió todo con una cuchara y permitió que cada cual se sirviera a su capricho.

Hapiti, Landa y Wami se achisparon un poco y se pusieron a cantar y bailar alrededor de la hoguera. Aquellas muchachas tenían

el demonio en el cuerpo, en opinión del adusto McFane. Al compás del ritmo que el brasileño marcaba golpeando su perol, sus cuerpos se ondulaban frenéticamente y sus caderas se balanceaban con un movimiento sutilmente erótico, mareante.

A pesar suyo, McFane hubo de aceptar íntimamente que el campamento se había animado considerablemente con la presencia de las mujeres. Casi todas las tardes anteriores, sus compañeros se mostraban en exceso fatigados como para formar una tertulia. Por lo común, se cenaba apresuradamente a la luz de la hoguera y luego todos se retiraban a descansar a hora temprana.

Pero esa noche todo era diferente. La luna estaba elevándose sobre el océano y su enorme disco rojizo arrancaba destellos misteriosos de las húmedas rocas y el mar en calma brillaba como una lámina de cobre bruñido. Los hombres bromeaban con las mujeres y todos reían y secreteaban a hurtadillas.

La agradable bebida alcohólica que McFane había preparado estaba haciendo su efecto en todos. Incluso Stuart parecía asaltado de una intensa euforia.

Encendió un cigarrillo y se acercó a Kiri, que no se había decidido a integrarse en la alegre fiesta.

Se sentó a su lado sin decir nada y fumó placenteramente, arrojando el humo a lo alto.

Al cabo, se movió y miró a la muchacha rubia.

—Lo siento —dijo—. Debí advertirte qué yo no soy un tipo sentimental. Lamento que te hicieses ilusiones, que pensases que...

Pero ella le cortó, adusta:

—Yo no me he hecho ningún tipo de ilusiones contigo —silabeó, con frialdad—. Tomo lo que me apetece y se acabó. Tú me gustaste, intimé contigo, pasamos juntos unos ratos muy agradables y eso es todo. Ya no existe nada entre tú y yo. No tienes que preocuparte. No sientas remordimientos, porque no me debes nada. Por otra parte, no eres el primer hombre que goza de mi intimidad.

McFane se alteró.

—Kiri, estás mintiendo. Nunca tuviste relaciones íntimas con otros hombres: cuando yo te tomé eras virgen —puntualizó.

Pero Kiri dejó escapar una carcajada.

—¿Eso crees tú? ¡Qué poco conoces a las mujeres...! —se burló.

—Se incorporó vivamente y se separó de McFane. Se movía

cadenciosamente, agitando las caderas de forma subyugante y se unió a los hombres y mujeres que bailaban locamente junto a la hoguera.

Inmediatamente, Purdy, Pierson y Chaves olvidaron a sus mujeres para dedicar toda su atención a Kiri. El brasileño aumentó el ritmo de su rústico tambor y la muchacha rubia alzó sus brazos lascivamente y le sonrió con los ojos entornados y los labios atractivamente húmedos y entreabiertos.

La luna había ascendido en el firmamento y sus rayos de plata iluminaban idealmente la silueta de Kiri, que seguía bailando locamente, ahora sobre la mesa. Purdy se inclinaba bajo la mesa y contemplaba ávidamente los redondos muslos de la mestiza...

Secas las fauces, McFane se bebió su vaso de un trago y se incorporó violentamente.

—¡Callad ya! —rugió. Y su voz se impuso sobre todos. Al comprobar que sus socios le miraban con asombro y reproche, añadió con tono normal—: Es tarde. Tenemos que irnos a la cama. Mañana tendremos mucho trabajo.

Detrás de él, Kiri dejó escapar una risita burlona. Pero McFane atravesó el campamento y se marchó hacia el bohío de la colina.

CAPÍTULO VI

Al amanecer, McFane advirtió que el tiempo había cambiado: el sol estaba cubierto por un banco de negras nubes que se acercaban lentamente desde el sur.

Sin embargo, el mar estaba en calma. McFane bajó al campamento, encendió la hoguera, puso a calentar un pote con agua para hacer café y volvió arriba para despertar a sus compañeros.

La mitad de la cabaña había sido destinada a las mujeres. La estancia se había dividido de forma elemental: una cuerda tendida de extremo a extremo y unas mantas colgadas delimitaban los dos espacios. Aunque a fin de cuentas, este sentido del pudor por parte de los hombres poco significaba. McFane estaba seguro de que sus compañeros se acostarían con las jóvenes de Port St. Francis en cuanto él volviera la espalda.

Hombres y mujeres dormían pesadamente después de la «fiesta» de la noche anterior, pero McFane no sintió el menor escrúpulo a la hora de despertar a sus socios. Como siempre, el que más racaneó fue Will Purdy, pero al fin los cuatro se reunieron bajo la enramada.

—Ni una palabra a esas muchachas acerca de nuestro trabajo —advirtió McFane, mirando deliberadamente a Purdy—. Pierson les ha hecho creer que nos dedicamos a las perlas, de modo que sacaremos un puñado de ostras del fondo del mar y fingiremos que nos dedicamos a ese negocio, ¿de acuerdo?

Todos asintieron con el gesto. Joao preparó el café y repartió los cuencos que contenían el aromático líquido negruzco.

Cuando terminó su café, McFane puso una mano sobre el hombro de Pierson y dijo:

—Ten dispuestos los explosivos, Glen. Si no conseguimos abrir

un agujero en la cubierta del galeón con nuestras herramientas, utilizaremos los explosivos. No estoy dispuesto a aguardar mucho tiempo aquí.

—¿Por qué los explosivos, qué prisa tenemos? —respondió Pierson.

—Te lo explicaré. Estas aguas suelen ser patrulladas de cuando en cuando por buques de guerra australianos, franceses, ingleses y norteamericanos. Si detectasen nuestra presencia en Kilúa, los marinos podrían preguntarse qué hace un grupo de tipos como nosotros en un islote solitario. Podrían venir a investigar, ¿comprendes? Harían preguntas e incluso podrían descubrir el objeto de nuestro interés. En tal caso, todo estaría perdido.

El brasileño se puso inmediatamente de parte de McFane.

—Tiene razón: cuanto antes saquemos la carga de ese viejo cascarón, mejor —afirmó.

Terminaron el desayuno y descendieron a la playa para recoger el equipo y hacerse a la mar. Estaban desenterrando las herramientas de la arena, cuando apareció Kiri Warner en lo alto de las dunas.

Sorprendido por su presencia, McFane se irguió y parpadeó.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo.

—Me intereso por saber cuándo podré volver a Port St. Francis. Estoy deseando volver cuanto antes —respondió la mujer, adustamente.

McFane vaciló.

—Mañana, tal vez pasado. Y ahora, vuelve a la cabaña y duerme. Es muy temprano —respondió, malhumorado.

Pero Kiri permaneció en las dunas hasta que los hombres se alejaron hacia el lugar donde estaba el bote neumático. Vio cómo el corpulento Joao arrastraba el bote hacia el mar, cargaban las herramientas y partían hacia los arrecifes.

Un destello dorado brilló en los ojos de Kiri Warner.

—No puedes engañarme, Stuart McFane —murmuró—. No son simples ostras lo que te han traído hasta aquí.

Retrocedió y ascendió lentamente hacia el campamento. El pote del café humeaba aún sobre el rescoldo de la lumbre. Kiri tomó un cuenco de coco y se sirvió un poco de café, que fue bebiendo lentamente, sin dejar de otear el mar.

Entre tanto, el bote neumático había traspasado la barrera de coral y los buceadores se disponían a comenzar su trabajo. Los primeros que se zambulleron fueron McFane y Pierson. Equipados con mascarilla y balones de oxígeno, los dos hombres descendieron hasta el pecio y examinaron el trabajo realizado la tarde anterior.

Joao, insistiendo sobre el lugar que McFane le había marcado, había conseguido abrir un agujero de unos cuarenta centímetros de diámetro sobre la cubierta del viejo galeón holandés.

McFane tomó una palanca de acero y comenzó a trabajar con vigor, auxiliado por Glen Pierson. Pero al cabo de quince minutos comprobaron que el agujero no se agrandaba como hubiera sido de desear. La causa era una gruesa cuaderna de madera que cruzaba la cubierta precisamente en el punto donde se había practicado el agujero.

Pierson apretó el brazo derecho de Stuart y señaló perentoriamente la superficie. En el lenguaje de señales que habían acordado, aquel gesto significaba: «Subamos».

Dejaron las herramientas y ascendieron hasta el bote, donde vigilaban Purdy y Joao.

Pierson se libró de la mascarilla y dijo a McFane:

—Tienes razón, Stuart. Lo más práctico es emplear los explosivos. ¿Para qué perder jornadas y jornadas en arrancar astillas a ese cascarón? Una buena carga de goma-2 nos abrirá fácilmente el camino hacia el botín.

—De acuerdo —respondió McFane—. Sube al bote y prepara la carga.

Media hora después volvían a zambullirse. La carga, compuesta por dos kilos de goma-2, fue introducida en el casco del barco a través del agujero abierto en la cubierta de proa.

Pierson fue recogiendo cuidadosamente los conductores eléctricos y los dos buceadores emergieron al bote y subieron a bordo.

—Rema con todas tus fuerzas —indicó Pierson al brasileño y el bote se alejó unos cien metros siguiendo la barrera de coral.

A resguardo en un entrante del arrecife, Pierson conectó los

conductores eléctricos al aparato de detonación.

—¡Listos! —exclamó, consultando con la mirada a McFane, el cual alzó su mano izquierda, dirigió una inquisitiva mirada hasta el horizonte visible y no hallando nada sospechoso en cuanto abarcaba su vista, bajó con fuerza el brazo y exclamó:

—¡Ahora!

Glen apretó la palanca del detonador con todas sus fuerzas. Simultáneamente, se produjo una conmoción en los senos del mar y un vigoroso surtidor de agua se alzó quince metros por encima de la superficie del océano.

Inmediatamente, se produjo un tumultuoso movimiento del fondo que alzó olas de un metro de altura. El bote se balanceó violentamente, pero un momento después el mar volvía a quedar en calma.

Los cuatro hombres escutaron con ansiedad la superficie, allá donde se había producido la explosión. Advirtieron un borboteo peculiar y luego vieron flotar sobre el mar pedazos de madera podrida.

Pierson golpeó con el codo a McFane y señaló con un gesto hacia Kilúa.

—¿Crees que ellas habrán notado algo anormal? —susurró.

Stuart se encogió de hombros.

—Tanto nos da, si el botín está al alcance de nuestras manos —respondió, Y animó al brasileño a remar hacia el lugar donde se encontraba el pecio.

Tuvieron que aguardar un rato, pues las aguas estaban tan revueltas que abajo sería imposible la visión.

Y al fin, cuando tornó la calma y las aguas adquirieron su transparencia característica, McFane y Pierson se lanzaron al agua ante la expectación de sus dos socios.

Abajo, comprobaron que la fortísima explosión había arrancado espectacularmente del pecio las espesas incrustaciones marinas y apartado limpiamente los sedimentos de lodo y arena depositados a lo largo de siglos sobre el barco.

Algo más atrajo inmediatamente la atención de los dos buceadores: lo que ahora tenían a la vista no era sino *una mitad del barco*.

Los restos de la arboladura, las amuras de ambos costados e

incluso la cubierta y el puente habían sido barridos por la explosión.

¿Dónde estaría la mitad de popa? Puestos de acuerdo con una seña perentoria de McFane, los dos buceadores exploraron los alrededores del fondo marino, pero no hallaron la mitad posterior del buque holandés.

«El barco debió chocar contra los erizados arrecifes de coral y se partió por la mitad —penó McFane—. Es posible que el oleaje o las corrientes marinas arrastrasen a cierta distancia de aquí la mitad de popa».

De todas formas, esto no les preocupaba por el momento, sino registrar cuanto antes los restos del barco. Durante la primera media hora de inmersión, McFane y Pierson estuvieron afanados limpiando de residuos y trozos de cerámica y algunos útiles de escaso valor la parte del pecio que correspondía a la bodega. Hasta que de pronto algo brilló sobre la arena: un lingote de plata de unos diez kilos de peso.

El metal había perdido su brillo exterior, pero bastó arañarlo superficialmente para comprobar que, en efecto, se trataba de un lingote de plata.

Alborozados por su descubrimiento, emergieron a la superficie y mostraron a Chaves y Purdy su hallazgo.

—Debe haber centenares de lingotes como éste allá abajo —aventuró Pierson, esperanzado.

Joao se ajustó inmediatamente sus dos botellas de oxígeno y Purdy hizo otro tanto. Su indolencia habitual había desaparecido en cuanto sus ojos captaron el brillo de la plata.

McFane y Pierson subieron al bote y sus dos compañeros les relevaron en las tareas de buceo.

Minutos después, Purdy subía a la superficie.

—¡Dadme la bolsa de malla! ¡Allá abajo hay una cantidad increíble de lingotes bajo la arena! —exclamó, excitado.

A partir de ese momento, la bolsa de malla descendió y subió en tres ocasiones cargada de lingotes.

Hasta que McFane sopesó uno de los trozos de metal que habían llegado hasta el bote, arañó su superficie con la punta de su cuchillo y palideció.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Glen, que tenía el rifle sobre los

muslos y vigilaba el mar con atención concentrada.

—¡Esto no es plata! —respondió Stuart, con furia incontenible—. ¡Es plomo!

Pierson maldijo entre dientes. Y luego, cediendo el arma a McFane, cogió el lingote, lo arañó, lo comparó con otro de plata e incluso lo mordió. Finalmente, lo dejó caer con una mueca de cólera.

—¡Tienes razón, es plomo! —rugió.

En el fondo de la embarcación neumática había catorce lingotes de metal. Una rápida comprobación, les convenció de que sólo tres eran de plata.

McFane dio un tirón a la soga que sujetaba la bolsa y el brasileño y Purdy subieron en seguida. Purdy, jadeante, escrutaba temeroso la superficie del mar, cuando, acodado sobre el costado del bote, inquirió:

—¿Qué diablos ocurre ahora?

—Poca cosa —gruñó McFane, esforzándose en disimular su frustración—. Estamos perdiendo el tiempo en sacar del fondo del mar simples lingotes de... plomo.

Sus compañeros subieron al bote y comprobaron que era cierto. Enojados, se encararon con McFane.

—Tú aseguraste que este cascarón transportaba varias toneladas de plata cuando se hundió. Incluso sugeriste que podríamos encontrar también oro —farfulló el mulato.

McFane le respondió con una fría mirada.

—Yo os dije lo que leí en los libros, allá en la biblioteca de Sidney. Perdí más de treinta días investigando, contrasté centenares de documentos y corrí con todos vuestros gastos, incluidas vuestras borracheras y bacanales con prostitutas durante los cuarenta días que estuvimos en Sydney. Mientras yo me esforzaba en obtener datos como un ratón de biblioteca, vosotros gozabais de la vida alegremente —recordó, disgustado.

Al tiempo que apretaba entre sus dedos uno de los lingotes de plata, añadió, reflexivo:

—No puedo creer en un error. Estudié centenares de documentos y los comparé con crónicas y noticias de aquella época. El galeón holandés *Vikken Waren* se dirigía a Europa y su cargamento estaba compuesto de lingotes de plata principalmente,

aunque también cargaba cierta cantidad de lingotes de oro. ¿Cómo creéis que encontramos el casco del viejo galeón, si no fueran ciertos los datos que obtuve en Sydney? —les desafió.

Sus argumentos eran tan firmes, que ninguno de sus compañeros se atrevió a rebatirlos. Finalmente, Pierson dijo:

—Demos por sentado que el *Vikken Waren* transportaba esa carga fabulosa y que nadie halló el pecio antes que nosotros. ¿Dónde se encuentra, pues, esa gran cantidad de lingotes de plata y, quizá, de oro?

—Tú has visto que del galeón sólo queda la mitad de proa. La otra mitad no debe hallarse muy lejos de aquí —dijo McFane, serenándose poco a poco—. Dentro está lo que buscamos.

—¿Crees que la encontraremos? —inquirió Joao Chaves.

—Lo intentaremos —respondió McFane, hinchando el pecho de aire.

CAPÍTULO VI

Esa tarde, McFane y sus socios no pudieron hacerse a la mar. El viento soplaba con fuerza y el océano se encrespaba por momentos.

Poco después de las cuatro de la tarde, unas rachas huracanadas fueron el anuncio de la tempestad que estallaría poco después.

Los hombres corrieron al embarcadero y durante media hora se esforzaron en asegurar con cabos el viejo yate que se balanceaba violentamente al compás de los embates del oleaje. Luego cayó un fuerte aguacero y todos se retiraron al bohío.

En un rincón, Kiri dirigió una penetrante mirada a Stuart McFane, pero no hizo ningún comentario. Wami, Hapiti y Landa cuchicheaban en un rincón y bebían golosamente grandes vasos de ron con zumo de piña tropical.

A partir de ese momento y hasta el día siguiente, llovió torrencialmente sin cesar. Las ráfagas de lluvia azotaban la construcción de madera, pero la techumbre compuesta de listones, palma trenzada y láminas de plástico les protegía eficazmente de la lluvia.

Purdy renegaba junto a su camastro y se agitaba como un gozquecillo empapado, tratando de secar sus escasos cabellos con una toalla sucia, Glen arrebató a Landa Wakatipu su vaso de ron y Joao puso la radio y, al son de la música, se puso a bailar apretadamente abrazado a la regordeta Wami.

Stuart buscó un paquete de cigarrillos entre sus ropas, encendió un pitillo y fue a recostarse junto a la ventana.

Se diría que contemplaba atraído el espectáculo de los elementos desencadenados que azotaban con violencia los cocoteros y agitaban la superficie del mar...

En realidad, miraba sin ver. Reflexionaba.

En total, habían extraído del pecio seis lingotes de plata.

Los de plomo habían sido arrojados al mar. Allá abajo, quedaban otros doscientos lingotes de plomo que los buceadores ni siquiera se molestaron en subir, una vez comprobado su escaso valor.

Para McFane, no era aquél el botín con el que había soñado. En realidad, ni siquiera bastaba para compensar los gastos, pues Stuart había invertido en aquel proyecto hasta el último centavo de sus ahorros, unos diez mil dólares.

De momento, la tempestad les impedía rastrear el fondo del mar alrededor de los arrecifes, en busca de la mitad posterior di galeón. Pero de todas formas, no tenía la seguridad de recuperar el valioso cargamento del *Vikken Waren*. Si, como suponía, el barco se había partido por la mitad y la resaca había alejado la mitad de popa, lo más razonable era que el cargamento se hubiera perdido a lo largo de una o dos millas. Y encontrar unos lingotes de plata desperdigados en una zona muy amplia y posiblemente ocultos por la arena y otros sedimentos, sería tan arduo como hallar una aguja en un pajar.

No había participado sus sombríos pensamientos a sus socios, pues no era aconsejable decepcionarles. Excepto Pierson (de alguna forma, McFane confiaba en él), sus restantes socios estaban con él por puro interés. Si llegaban a convencerse de que las probabilidades de hacerse ricos fácilmente se habían esfumado, le abandonarían.

¿Qué ocurriría si, finalmente, no hallaban lo que buscaban? McFane se vería obligado a repartir el pequeño botín entre sus compañeros. El valor de aquellos sesenta kilos de plata vendría a ser un pequeño pellizco de dinero para cada uno. Uno o dos meses en Port St. Francis de borrachera en borrachera y luego nada.

McFane se encogió de hombros inconscientemente. ¡Qué importaba! Cinco años atrás lo había perdido todo, incluida su esposa. Comenzar nuevamente desde cero era una posibilidad como cualquier otra.

Ahora, acodado en la ventana, sin ver lo que ocurría al otro lado, y mientras fumaba distraído su cigarrillo, Stuart McFane comprendió súbitamente el motivo de su llegada a Kilúa. No se trataba precisamente de hacerse rico. No le quitaba el sueño la posibilidad de manejar grandes cantidades de dinero, ni de

permitirse desorbitados lujos. Lo que pretendía embarcándose en aquella peligrosa aventura no era sino olvidar. Actuar, emborracharse con la acción para evitar que su mente estuviera libre y acudieran los recuerdos.

Por desgracia, no siempre conseguía ahuyentar los recuerdos. Y precisamente, esa tarde sombría, cuando rugía el huracán y la lluvia golpeaba sonoramente la techumbre del bohío, los recuerdos se empeñaban en ocupar un lugar preeminente en su cerebro.

Sus labios se fruncieron en un rictus amargo al recordar una vez más a Lorrie, pálida, exangüe, atrapada en la trampa que suponía el cinturón de seguridad de su asiento. Veía sus ojos desorbitados por el horror, ya muertos, sin vida, sin el brillo azulado que los caracterizara. Sus cabellos castaños se habían carbonizado cuando el fuego estalló a bordo del avión. Pero el fuego respetó sus bellas facciones. ¿La causa de la muerte? Un pedazo de cristal le había segado el cuello y Lorrie se desangró en pocos minutos, atrapada por el cinturón de seguridad.

Los remordimientos volvían otra vez. No importaba que las cosas no fueran bien entre él y su esposa no importaba siquiera que el amor hubiera muerto ya entre ellos.

Lorrie era como un fantasma rebelde, tenaz, que venía a atormentarle de cuando en cuando.

Hubieran podido ser muy felices, pero las circunstancias y el carácter de Lorrie lo impidieron. Ella era hija única de Joseph Van Rilke, un norteamericano podrido de dinero, y desde la infancia había visto cumplido hasta el menor de sus caprichos. Van Rilke, viudo cuando Lorrie cumplió los ocho años, había volcado toda su ternura en su pequeña hija. La cuantiosa fortuna sólo había servido para malcriarla.

Para Lorrie, casarse con un piloto de la Trans-Ocean Air Lines suponía haber Conseguído realizar uno más de sus caprichos. Stuart estaba seguro de que ella no había llegado a amarle. Se había encaprichado de él, eso era todo.

Precisamente se habían conocido a bordo de un vuelo transcontinental de la TOAL. Durante la escala en Tokio, Lorrie Van Rilke había dado una prueba contundente de su carácter voluntarioso y dominante. Había abandonado el avión y cuando McFane recibió autorización para despegar, la hija del famoso

multimillonario aún no se encontraba a bordo. Desde la torre de control le ordenaron que esperara. Normalmente, otra persona hubiera perdido el vuelo, pero Lorrie Van Rilke era demasiado importante y doscientos cincuenta pasajeros hubieron de aguardar media hora por su culpa, al fin, la pasajera llegó y el avión de la Trans-Ocean Air Lines pudo abandonar el aeropuerto de Tokio.

Minutos después, una llorosa azafata vino a la cabina de vuelo a presentar una queja al capitán McFane. Lorrie Van Rilke había armado un descomunal alboroto porque le desagradaban por igual los tres menús para el almuerzo que le fueron ofrecidos a bordo. Y su disgusto se plasmó de forma muy concreta: arrojando al rostro cíe la pobre azafata el contenido de la bandeja que ésta acababa de servirle.

McFane se encolerizó. Habló brevemente con su copiloto y abandonó la cabina, dispuesto a llamar al orden a la señorita Rilke.

Pero ésta se hizo de miel en cuanto sus ojos se encontraron con los del capitán. Sin disimular su admiración, *miss* Van Rilke contempló largamente a McFane, aquel apuesto hombretón de atlética contextura e impecable uniforme azul.

Su cólera se calmó instantáneamente. E incluso descendió a disculparse amablemente. Pidió otro menú e invitó a una copa al capitán, que éste aceptó al comprobar que Lorrie presentaba sus excusas a la azafata agraviada.

No podía negar que también él se había sentido impresionado por la belleza de Lorrie Van Rilke. Y, sin proponérselo, admiró sus conocimientos cosmopolitas, la elegancia de su traje sastre e incluso le hizo gracia el aplomo y energía que demostraba aquella mujer.

Luego, en Sydney, se vieron en el restaurante del aeropuerto. Mejor dicho, ella vino a su mesa y con una sonrisa encantadora solicitó almorzar en su compañía.

A partir de ahí, todo fue rodado. Lorrie le llamó por teléfono y le invitó a pasar un fin de semana en el dilatado rancho ganadero que los Van Rilke poseían en Australia. Lorrie coqueteó descaradamente con él desde el primer momento. Por aquellos días, Stuart McFane se sentía deslumbrado. Y no sólo por la belleza de Lorrie, sino por el lujo y la riqueza que ella se cuidaba de exhibir ante sus ojos.

Ella había venido a Australia para pasar dos semanas, pero su estancia se dilató más de dos meses. Por supuesto, no podían verse

diariamente debido a la profesión de McFane, que le obligaba a volar una o dos veces por semana en vuelos transcontinentales, pero a ella no le importaba cometer la *boutade* de reservar una plaza en los aviones que pilotaba Stuart, con tal de sentirlo cerca de sí. Stuart se sentía muy violento en estas ocasiones, pues Lorrie no se recataba en abrazarle y besarle en presencia de la tripulación e incluso de los pasajeros, si llegaba el caso.

Por otra parte, Lorrie tomaba iniciativas que disgustaban a McFane. Así, por ejemplo, cuando llegaba a Tokio, ella había reservado una *suite* principesca en el Mikado Plaza. Una *suite* para ambos, por supuesto. Para entonces, su intimidad era total. Hacían el amor apasionada y frecuentemente y Lorrie no tomaba la menor precaución para evitar el riesgo consiguiente, por lo cual no tardó en anunciar a Stuart que estaba embarazada.

Para entonces, Stuart había llegado al convencimiento de que la vida en común con Lorrie no iba a resultar fácil. Ella era demasiado caprichosa, autoritaria y dominante. Trataba siempre de imponer su voluntad sin respetar los sentimientos de su compañero. Hasta entonces, Lorrie se había limitado a exhibir a McFane en fiestas mundanas, playas y hoteles. Para ella, el apuesto capitán McFane venía a ser como una codiciada pieza de caza. Pero al cabo de unos meses, Stuart percibió que ella prescindía de él cuando le apetecía. No era raro que —durante una fiesta de sociedad—. Lorrie ocupase el centro de la atención general y relegase a Stuart a un segundo plano. En realidad, Lorrie pretendía triunfar y acaparar la atención, sobre todo.

Finalmente, Stuart se decidió a ser claro.

—Es mejor que lo dejemos, Lorrie. Ya no te intereso como antes y, por otra parte, yo no tengo vocación de *chevalier servant*. En cuanto a esas fiestas y reuniones, confieso que me aburro soberanamente —dijo—. Hemos gozado de unos meses muy agradables, pero...

Lorrie palideció. Mordiéndose los labios, furiosa, respondió:

—¿Serás capaz de dejarme *ahora*? ¿Es que no recuerdas que estoy embarazada y que tú eres el responsable?

Un momento después lloraba desconsoladamente, Y las lágrimas fueron el argumento que desarmó a McFane, íntimamente decidido a cortar su relación con la hija de Van Rilke.

Trató de consolarla como pudo. Y cuando ella planteó el tema del matrimonio como única solución airosa —para ella—. Stuart fue incapaz de negarse.

Pocos días después llegó Joseph Van Rilke. Tras la primera conversación entre los dos hombres, quedó bien clara la opinión que el millonario tenía acerca de Stuart McFane: le consideraba un cazadotes, un aprovechado. Sin embargo, para Van Rilke cumplir los caprichos de su hija era poco menos que un deber sagrado. Y transigió, aunque se encargó de disponer que entre Lorrie y McFane existiría ese acuerdo llamado «división de bienes».

—De todas formas, puede estar tranquilo, Stuart. Les pasaré una pensión lo suficientemente crecida para vivir como príncipes —prometió Van Rilke—. Imagino que después de la boda, abandonará su empleo en la TOAL...

—¿Dejar de volar? De ninguna manera. Y otra cosa, señor Van Rilke: puede guardarse su dinero. Poseo capacidad suficiente para correr con los gastos de mi esposa.

El millonario se echó a reír en su cara.

—¡No sea iluso! Usted no conoce a Lorrie. El dinero que usted perciba en un año, ella lo gastaría en un par de semanas —aseguró el millonario, irónico.

La boda consistió en un simple acto civil, sin ninguna ceremonia, invitados ni publicidad. Stuart y Lorrie partieron en viaje de boda hacia Europa, pero ella se cansó a los pocos días y decidió volver a Sydney.

Como Stuart había supuesto, la coexistencia entre ambos fue más que difícil. Lorrie pretendía —según se vio en seguida— seguir gozando de la misma independencia y autonomía que gozaba de soltera. Y así, cuando volvía de un largo vuelo transcontinental, Stuart se encontraba el hogar vacío y triste. Sin previo aviso, Lorrie había aceptado la invitación a un crucero por el Pacífico Sur o, inopinadamente, volaba a Estados Unidos para asistir a un festival cinematográfico o al cóctel que daban algunos de sus empingorotados amigos.

En ocasiones, llegaron a transcurrir treinta días sin que Stuart viera a su esposa. Precisamente, al regresar de un viaje no anunciado a Londres, ella le confesó:

—He perdido al niño. Al menos, ya no tendré que sufrir las

molestias físicas que me han atosigado durante los últimos dos meses.

Lo dijo sin la menor emoción, sin demostrar pesar por la pérdida del hijo que aguardaban.

Stuart no hizo ningún comentario. Pero cuando en uno de sus vuelos transcontinentales permaneció dos días en Londres, llevó a cabo una silenciosa investigación que dio como resultado una revelación sorprendente: el aborto de Lorrie no se había producido accidentalmente. Ella había ingresado en una clínica especializada y se había sometido voluntariamente al aborto.

Para McFane, descubrir aquella verdad fue la gota que colma el vaso. Regresó inmediatamente a Sydney y se enfrentó a su esposa que, casualmente, se encontraba en casa.

—Voy a solicitar el divorcio —anunció—. La situación entre nosotros dos ha llegado al límite.

Lorrie le contempló, incrédula.

—No hablarás en serio. No *ahora*.

—Estoy absolutamente decidido. Tú y yo no componemos un verdadero matrimonio. ¿Para qué seguir? Aún somos jóvenes y no nos será difícil rehacer nuestras vidas. Espero que estés de acuerdo. Caso contrario, me vería obligado a formular acusaciones específicas ante el juez —afirmó Stuart.

Temblorosa, Lorrie se sirvió medio vaso de *whisky* sin agua ni hielo.

—¡Espera! —suplicó—. No puedes hacerme eso *ahora*.

—¿Por qué no?

—¿No lo entiendes? Yo no puedo permitir que tú me abandones. Ahora no tengo a nadie. Dame dos o tres semanas.

—Pero, ¿para qué? —preguntó él, desorientado.

Lorrie le dirigió una intensa mirada de sus ojos azules.

—No podría soportar esta humillación. Quiero decir: no aguantaré que tú me dejes. Debo ser yo quien...

—¿Quien me deje a mí? —Ahora eran las facciones de Stuart las que demostraban asombro e incredulidad.

—Sí. Dentro de una semana, Max Roirman regresa de Londres. El y yo... Bueno, siempre hemos estado algo enamorados. Estoy segura de que Max se casará conmigo en cuanto me insinúe convenientemente —propuso Lorrie con toda desfachatez—. Bastará

con que nos hagamos ver en público durante una o dos semanas. Después... Bien, no me importará acceder a tu petición de divorcio por mutuo acuerdo.

McFane enrojeció de ira.

—Estás acostumbrada a ganar siempre, ¿verdad? A imponer tus condiciones, a dejar a los demás atrás sin que te importen las heridas del prójimo... —murmuró el hombre, tembloroso, aunque se esforzaba en contener su indignación—. Debí imaginar que serías capaz de llegar a esto.

—¿Quieres decir que no accedes? —preguntó ella, sin demostrar el menor pudor.

—Por supuesto que no. Esta vez no te saldrás con la tuya, Lorrie. No conseguirás humillarme.

—Espera, Stuart, no te precipites. He estado considerando este asunto y comprendo que tienes derecho a una compensación. Si aceptas mis condiciones, recibirás una crecida cantidad de dinero. Digamos... trescientos mil dólares. ¿Qué te parece?

McFane no respondió. Tomó la chaqueta que había dejado en el respaldo de un diván, se la puso y se marchó, dejando detrás de él a una Lorrie furiosa y desesperada.

Esa noche se alojó en el hotel en el que solía hospedarse antes de conocer a Lorrie. La verdad es que apenas pudo dormir, pero al menos llegó a la conclusión de que iba a hacer lo más justo. A la mañana siguiente se pondría en contacto con su abogado y le pediría que iniciase los trámites del divorcio.

Pero cuando ya había acordado una cita con Thomas Harris, un aviso urgente de la compañía aérea para la que trabajaba impidió que se entrevistara con su abogado.

En las oficinas de la TOAL le aguardaba impaciente Jack Burlington, el supervisor de vuelos transcontinentales de la compañía.

—Tendrá que pilotar el vuelo 605, Sydney-Tokio-Honolulu —le dijo Burlington—. Lo sé, lo sé: no es su turno, McFane. Pero Dave Gladstone está en el hospital: sufrió una intoxicación por ingestión de mariscos en mal estado. Disponga lo necesario. Como sabe, el vuelo 605 debe despegar de Sydney dentro de una hora.

McFane adujo que su estado físico y psíquico no era el más adecuado para pilotar un Boeing-707 a lo largo de miles de

kilómetros. No dijo a Burlington que la noche anterior había bebido con exceso, pero justificó su negativa afirmando que sufría una intensa depresión. (Era cierto que el asunto del divorcio con Lorrie le había provocado un angustioso estado de nervios).

—Lo siento —respondió Burlington, imperturbable—, pero no dispongo de otro piloto en este momento y el vuelo 605 no puede aguardar. Tómese un sedante y hágase cargo de mi problema. No se demore: uno de nuestros automóviles le trasladará al aeropuerto dentro de unos minutos.

Así se habían desarrollado los acontecimientos. Aun en contra de su voluntad, McFane se vio obligado a comandar el vuelo 605 de la TOAL con destino a Tokio y Honolulu.

El vuelo se desarrolló sin incidencias hasta Tokio. Como de costumbre, aguardó las instrucciones de los controladores y finalmente le fue concedida autorización para tomar tierra en la pista Uno.

¿Qué fue lo que sucedió? McFane debió distraerse, pues de repente advirtió que el enorme avión descendía demasiado aprisa. También la velocidad era excesiva para un aterrizaje seguro.

—¡Cuidado, Stuart! —advirtió su copiloto, Jerry Stevens—. ¡Vamos a...!

Un sudor frío empapaba su cuerpo cuando Stuart intentó elevar el aparato a la desesperada. Falto de potencia, el Boeing-707 cruzó a escasos metros por encima de la torre de control y luego, tres kilómetros más allá, se abatió pesadamente a tierra.

En su loca y desordenada carrera, el avión se llevó por delante una nave comercial y varias casitas de campo.

Antes de que el avión se inmovilizara por completo, a la cabina de navegación llegó el eco de una explosión ahogada. Justamente en aquel momento, algo chocó la carlinga y los cristales explotaron con un seco crujido.

Algo golpeó a McFane en la frente y sintió chorrear la sangre, tibia, sobre su rostro. Luego, súbitamente, advirtió que el Boeing-707 se había detenido. Miró a su derecha y vio a Jerry Stevens, inmóvil en su asiento, arrojando un borbotón de sangre a través de los destrozados labios. Fascinado, Stuart contempló el pedazo de metal que se hincaba en el pecho de su copiloto.

Jerry estaba agonizando. Comprendiendo que nada podía hacer

por él, McFane saltó fuera de su asiento y abrió la puerta de comunicación con el pasaje. Una tremenda llamarada le obligó a retroceder, chamuscados los cabellos.

Logró cerrar la puerta de comunicación y miró a su alrededor, desalentado. Indudablemente, las cabinas del pasaje se habían incendiado. ¿Qué hacer? El instinto obró por él: saltó sobre el asiento del piloto, pasó a través de los parabrisas destrozados y resbaló por el morro del aparato hasta caer pesadamente al suelo.

El batacazo desde una altura de cinco metros fue muy doloroso, A pesar de lo cual, McFane no perdió el conocimiento por completo. Atontado, escuchó los alaridos de las sirenas y oyó el crepitar de las llamas.

Luego alguien le arrastró bruscamente y notó que le depositaban en una camilla. Alguien enderezó su pierna derecha —rota— y un alarido bestial brotó de entre sus labios. Un segundo después perdía el conocimiento.

CAPÍTULO VII

Sólo veinticuatro horas después tuvo noción de la amplitud de la tragedia. Fue un alto cargo de la compañía aérea, Justin Meredith, quien le reveló la verdad.

—Un desastre sin precedentes, McFane. Doscientos cincuenta pasajeros han perdido la vida en el accidente. Como usted debe saber, también ha perecido su esposa. Siento tener que hablar tan crudamente, pero todo parece indicar que usted es el único responsable de la tragedia —pronunció Meredith, con dureza.

Stuart se incorporó de un brinco sobre el lecho.

—¿Está loco? ¿Ha dicho... mi esposa? —murmuró, palideciendo. Meredith le escrutó con asombro.

—¿Es que no sabía que la señora Lorrie McFane formaba parte del pasaje? —preguntó.

Stuart se agitó desesperadamente en la cama.

—¡No puede ser, es imposible! Ella no me dijo nada y yo... yo repasé por encima la lista de pasajeros. Lorrie no estaba en ella —protestó—. Debe ser un error.

—No hay tal error —respondió Justin Meredith con dureza—. Al parecer, el pasaje de su esposa fue gestionado en el último momento. Y, bien, a usted no tengo que explicarle que los Van Rilke son muy influyentes en todo el mundo. Por lo demás... Bien, se ha logrado identificar uno por uno a los pasajeros, sin lugar a error. Su esposa viajaba en el vuelo 605. Se han tomado unas fotos... ¿Quiere verlas?

McFane alargó una mano ávidamente. Y entonces contempló aquel horror con los ojos desorbitados. Luego las fotografías cayeron de entre sus manos y se desparramaron sobre el lecho.

—No quiero atormentarle más, McFane —dijo Meredith, aunque

sus facciones no demostraban compasión—. Volveré a verle dentro de uno o dos días.

Cuando Meredith se marchó, el cielo pareció desplomarse sobre Stuart McFane.

—¡Dios mío! —murmuró, espeluznado—. ¡No puedo creerlo...!

Pero allí estaban las fotografías al alcance de la mano, que mostraban la realidad en todo su horror. (¿Se había olvidado Meredith de recogerlas o... las había dejado a propósito para hacerle sufrir aún más su culpa?).

Mucho tiempo después de aquel momento, Stuart McFane seguiría preguntándose obsesivamente por qué Lorrie había tomado en el último momento el fatídico vuelo 605.

¿Acaso se proponía convencer a Stuart de que debían posponer el anunciado divorcio? ¿Quizá, en definitiva, Lorrie sentía algún afecto hacia él? ¿O Lorrie corría a reunirse con Max Roirman en Londres, con el fin de preparar su personal coartada ante la opinión pública, que tanto parecía importarle?

Stuart nunca supo la verdad.

Hospitalizado como se encontraba, ni siquiera pudo asistir al funeral de su esposa. Alguien le dijo que Joseph Van Rilke había llegado apresuradamente a Tokio y hecho embalsamar el cadáver de su hija, que pensaba trasladar a Estados Unidos, donde sería inhumado. En cualquier caso, su suegro ignoró a McFane por completo, pues ni siquiera acudió a visitarle al hospital.

Como había prometido, Justin Meredith volvió a visitarle tres días después. Con el ceño fruncido anunció:

—Bien, McFane, acaba de ser dado de baja en nuestra compañía. No voy a engañarle: la TOAL le achaca enteramente la responsabilidad del accidente. Una investigación llevada a cabo por nuestros agentes en Sydney, demuestra que usted no se encontraba en estado de pilotar nuestro Boeing-707. Incluso se han obtenido otras pruebas contra usted. Al parecer, bebió hasta emborracharse la noche anterior. Por todo lo cual, la Trans-Ocean Air Lines le hace responsable exclusivo de la tragedia y anula el contrato que relacionaba a ambas partes. Por supuesto, en cuanto a su responsabilidad, nada es definitivo aún. Las autoridades trabajan sin descanso en las diligencias previas y hoy precisamente se investigará la «caja negra» del avión. Sin embargo, no debe hacerse

demasiadas ilusiones. Todos los indicios apuntan a un único responsable del dramático accidente: usted, McFane.

Stuart sonrió sin ganas.

Estaba pensando en Jack Burlington, el supervisor de vuelos transcontinentales en Sydney. Burlington, que se había empeñado tercamente, a pesar de que McFane había declarado claramente no encontrarse en condiciones de pilotar un vuelo de tal envergadura.

Fervientes protestas se agolpaban en su mente, pero no dijo nada. McFane se limitó a abrir el cajón de su mesilla de noche, tomar aquel manojo de fotografías y lanzarlas enérgicamente al rostro del representante de la TOAL.

—¡Llévese sus malditas pruebas. Meredith! ¡Y márchese de aquí inmediatamente! —gritó con todas sus fuerzas.

A sus voces, llegaron a la carrera varias personas, entre ellas el doctor Robert Norton, encargado de la planta.

Norton miró con reconvención al hombre de la compañía aérea y le reprochó:

—Debió obrar con más tacto, señor Meredith. Usted no ignora que el señor McFane sufre un *shock* emocional intenso. Por favor, salga de esta habitación.

Meredith se agachó, recogió las fotografías a puñados y abandonó desairadamente la habitación, gruñendo entre dientes.

Pasaron los días. McFane fue autorizado a abandonar el lecho. Su pierna fracturada iba consolidándose lentamente y Stuart daba pequeños paseos a lo largo de los brillantes pasillos del hospital.

No daba muestras del menor interés por su porvenir. Imaginaba lo que iba a sobrevenir: el desprestigio, la ruina, la cárcel.

Si se demostraba que él era el único responsable de la muerte de doscientas cincuenta personas, el futuro se anunciaba sombrío. Había conseguido ahorrar unos miles de dólares, pero, ¿valdría la pena entregárselos a Thomas Harris a cambio de una más que problemática defensa?

Naturalmente que las empresas de seguros tendrían que indemnizar a los familiares de las víctimas, a pesar de lo cual la TOAL pondría todo el peso de su influencia para que McFane pagase su culpa con largos años de cárcel.

Los medios de comunicación se habían cebado en él inmisericordemente. A McFane se le llamaba «verdugo», «asesino» y

se le describía como un personaje vicioso y amoral. Un famoso columnista llegó a esbozar en un editorial la hipótesis de que McFane hubiera provocado a propósito el accidente con el fin de eliminar a su esposa...

—Van Rilke ha debido pagar a ese periodista —dedujo McFane—. No cabe duda de que él es la persona que más interés tiene en hundirme.

Una tarde, de improviso, una mujer se abalanzó sobre él sin previo aviso. McFane paseaba incansablemente a lo largo del pasillo abstraído en sus sombríos pensamientos, cuando oyó aquel grito estridente. Simultáneamente, notó que un objeto afilado y punzante rasgaba dolorosamente su hombro.

Cayó de bruces y las muletas se le fueron de entre las manos. En el suelo, la mujer que chillaba histéricamente «¡asesino, asesino!» agitaba su cuchillo en alto y trató de herirle nuevamente, ahora en el cuello.

Por fortuna, los gritos de aquella mujer atrajeron inmediatamente al personal de servicio. Los enfermeros se vieron en un aprieto para desarmarle y apartarle de su víctima, que sangraba abundantemente, de bruces contra el pavimento.

Con toda urgencia, llevaron a McFane al quirófano y el cirujano de servicio descubrió en seguida la profunda herida del hombro que manaba abundante sangre sin cesar.

—Ha tenido suerte, señor McFane. Un centímetro más de profundidad y hubiera quedado inválido del brazo izquierdo —comentó el médico, mientras se esforzaba en contener la hemorragia.

Stuart no hizo ningún comentario. Soportaba el dolor estoicamente, sin exhalar una queja. El médico tomó la jeringuilla de inyecciones que le tendía una enfermera y le pinchó en el brazo. El dolor decreció gradualmente, hasta desaparecer por completo.

—Dígame —insistió el cirujano—. ¿Conocía a esa mujer?

Stuart movió la cabeza negativamente. En realidad, no había tenido tiempo siquiera para contemplar sus facciones.

El equipo del quirófano funcionó rápida y eficazmente, de modo que treinta minutos después Stuart fue devuelto a su habitación, bajo la vigilancia de una enfermera que cambiaba la botella de suero de cuando en cuando.

Dos horas después llegó un policía. Era un hombre de unos cuarenta años, de facciones vulgares y ojos vivos e inquisitivos.

—La mujer detenida se llama Flora Davis. Ha confesado que intentó matarle, movida al parecer por el ansia de venganza —declaró el policía.

—No la conozco —respondió McFane—. Ni puedo adivinar sus móviles.

—Quizá lo comprenda todo si le digo que la señora Davis perdió a su hija en el accidente del avión de la TOAL que usted pilotaba. Era una jovencita de dieciséis años, Margie Davis —le informó el policía con expresión indiferente. Y añadió—: ¿Tiene algo que declarar al respecto, señor McFane?

Stuart movió la cabeza en sentido negativo. ¿Qué podía decir? La Prensa, la Radio y la Televisión habían venido exacerbando los ánimos de la opinión pública durante los últimos días. Que una mujer llamada Flora Davis intentase apuñalarle por la espalda, estaba dentro de las consecuencias normales de la campaña desatada contra él.

El policía se marchó y McFane quedó con la enfermera. Al día siguiente supo que la policía había montado un servicio de vigilancia las veinticuatro horas del día a la puerta de su habitación.

Tristemente, McFane se preguntó si aquella vigilancia estaba encaminada a defenderle de posibles ataques o a... vigilarle, para evitar que se escapase.

Cuando más desesperante era su situación, las cosas cambiaron diametralmente. El informativo del mediodía dio la noticia de que los técnicos aeronáuticos y las autoridades judiciales habían terminado de investigar la «caja negra» del Boeing-707 de la Trans-Ocean Air Lines.

—Parece demostrado que el accidente se debió a un fallo del sistema eléctrico de a bordo —desveló sorprendentemente el locutor de televisión—. Según los datos recogidos en la «caja negra», los *flaps* y alerones de freno del avión no obedecieron a las órdenes del piloto en la aproximación a la pista Uno del aeropuerto de Tokio. Después de esto, es fácil deducir la no responsabilidad del comandante del vuelo 605 de TOAL, Stuart McFane. Aunque las autoridades judiciales no se han manifestado aún al respecto, una

comisión investigadora realizará esta misma tarde una comprobación minuciosa en el avión siniestrado. Les mantendremos informados de las novedades que pudieran producirse a lo largo de la jornada en relación con este apasionante caso.

A la mañana siguiente, McFane recibió la visita de varias personas, entre ellas algunos personajes de la IATA y el juez encargado de la investigación del siniestro del vuelo 605 de la Trans-Ocean Air Lines.

Keyo Maikido fue muy breve.

—Las actuaciones llevadas a cabo por mis oficiales y el personal técnico de la IATA, conducen sin sombra de duda a la conclusión siguiente: un fallo en el sistema eléctrico fue la causa del accidente del Boeing-707 en el que murieron doscientas cincuenta personas. Por tanto, se exculpa al comandante Stuart McFane. La responsabilidad corresponde enteramente a la compañía propietaria del avión siniestrado —declaró.

Como de costumbre, McFane no hizo ningún comentario. Ni siquiera una leve sonrisa, ni un suspiro de satisfacción alteró su duro semblante.

En realidad, aún le dolía la herida inferida por el cuchillo que empuñaba la señora Flora Davis cuando le atacó en el pasillo del hospital.

Su convalecencia se alargó todavía por espacio de dos meses. Durante aquellos sesenta días, McFane recordó frecuentemente al supervisor de vuelos de la TOAL, Jack Burlington. Burlington era directamente responsable de la tragedia de Tokio, pues no sólo se había empeñado en que un hombre destrozado emocionalmente pilotara un gran *jet*, sino que había pasado por alto las verificaciones indispensables en el avión, según demostraba el análisis exhaustivo de la «caja negra» del Boeing-707 siniestrado.

Día a día, hora a hora, fue afianzándose en el ánimo de Stuart McFane la seguridad de que Burlington era el responsable de la muerte de 250 personas, incluida su propia esposa. Burlington era ambicioso, capaz de sacrificar lo que fuese a cambio de su prestigio personal. Que merecía un castigo ejemplar, estaba fuera de toda duda para McFane.

A partir de allí, Stuart siguió el proceso con gran interés. Esperaba, con un sentido estricto de la justicia, que Jack Burlington

fuera acusado y condenado. Pero nada de esto ocurrió, porque Burlington era un hombre clave en la organización de la Trans-Ocean Air Lines. Y además de esto, Howard Bryce-Kyne, presidente de la TOAL era el suegro de Burlington.

Las noticias que fue recibiendo en el hospital llegaron a encolerizar a McFane. El resultado del proceso no podía ser más frustrante: las responsabilidades fueron achacadas en parte al azar y en parte al departamento de mantenimiento de la compañía, cuyo jefe y algunos ingenieros y mecánicos fueron condenados a unos pocos meses de prisión.

Al llegar el otoño, Stuart McFane fue dado de alta en el hospital de Tokio. Su pierna rota había soldado satisfactoriamente y la herida del hombro estaba cicatrizada y no le molestaba en absoluto.

Indeciso sobre lo que debía hacer, se alojó en un hotel de segunda categoría y dejó transcurrir un par de semanas.

Por entonces recibió aquella carta de la gerencia de la compañía Trans-Ocean Air Lines.

Le invitaban a visitar las oficinas de la empresa en Sydney y le anunciaban que, tras el veredicto judicial, la TOAL estaba dispuesta a aceptarle nuevamente en su equipo de pilotos transcontinentales.

McFane sonrió con tristeza. Luego, inconscientemente, desmenuzó la hoja de papel mecanografiada en diminutos fragmentos que arrojó a una papelería pública.

—Jamás volveré a pilotar aviones de la TOAL —se juró a sí mismo—. No obstante, ese mismo día reservó una plaza en el avión de la VAIR que partiría al día siguiente hacia Sydney.

¿Qué fue lo que le ocurrió a Stuart McFane? Dos días más tarde era detenido por la policía judicial australiana y encarcelado.

La acusación fue tajante:

—Intento de asesinato en la persona del señor Jack Burlington. El acusado irrumpió inesperadamente en el despacho que la víctima ocupaba en las oficinas de la compañía aérea TOAL y, sin previo aviso, la emprendió a golpes con el señor Burlington. El ataque fue tan feroz, que la víctima hubo de ser hospitalizada poco después en gravísimo estado. Como resultado del atroz castigo que McFane le infligió al señor Burlington, éste resultó con numerosas lesiones, entre las que se cuentan las fracturas de ambos brazos, de tres costillas y conmoción cerebral. Burlington permaneció en estado de

coma durante veinte días, al cabo de los cuales comenzó a recuperarse. Parece probado sin lugar a dudas la intención del acusado de asesinar a su víctima...

CAPÍTULO VIII

McFane fue condenado a doce años de prisión y trasladado a la penitenciaría de alta seguridad de Dragoon Island, en la que cumplían condena los más peligrosos criminales juzgados en el continente australiano.

Allí había conocido a sus actuales socios, Pierson, Chaves y Purdy.

¿Por qué había decidido unirse a aquel hatajo de delincuentes al terminar su condena? En el ánimo de McFane alentaba un vago deseo de revancha. La vida no le había tratado bien, eso era cierto. Para Stuart, su gran error había consistido en conocer a Lorrie Van Rilke. Hasta aquel momento, McFane era un profesional prestigioso, con numerosas amistades, un buen sueldo y un porvenir sin problemas. Pero a partir del momento en que Lorrie entrara en su vida, las puertas del infierno se habían abierto de par en par para él.

¿Qué podía hacer? En su fuero interno, McFane consideraba que sólo se puede triunfar en la vida si se posee una considerable fortuna. Cuando se dispone de dinero en cantidad suficiente, todo resulta fácil y placentero.

Ingresado en la penitenciaría de Dragoon Island, había procurado mantenerse alejado de los numerosos grupos que se formaban en la cárcel. Al principio, este afán de soledad e independencia le costó varios enfrentamientos violentos con los mafiosos de la prisión, los cuales no podían consentir la disidencia y el aislamiento de un miembro de la comunidad penitenciaria.

McFane no tenía nada que perder y se defendió contundente y salvajemente. Con suficiente eficacia, pues a la larga los distintos grupos optaron por dejarle en paz.

Unos meses después, el director de la prisión le hizo comparecer en su despacho y manifestó:

—He examinado su expediente y creo que todavía hay posibilidades para un hombre como usted. Ya que ha tenido el valor de mantenerse aparte de los grupos dominantes en esta penitenciaria, resistiéndose a sus imposiciones y manejos, me gustaría darle una oportunidad de reducir su condena.

—¿Cómo?

—Contamos con una gran biblioteca en la que se amontonan más de treinta mil volúmenes. El funcionario encargado de este departamento se jubiló hace unos meses y desde entonces la biblioteca ha permanecido cerrada, pues yo no disponía de la persona idónea para encargarse de este trabajo. Recientemente, hemos recibido una importante donación de libros, formada por unos tres mil volúmenes, que es preciso catalogar y ordenar.

—¿Y usted me propone que yo me ocupe de la biblioteca?

—Por su formación profesional, le creo capacitado para llevar a cabo este trabajo. Ello le permitiría permanecer en la biblioteca durante largas horas, lo que conllevaría para usted una mayor independencia. Le aseguro que si observa una conducta aceptable, yo mismo le propondría para una considerable reducción de condena. ¿Qué contesta?

Stuart aceptó inmediatamente. No sólo le interesaba aquella probable reducción de condena, sino, sobre todo, la posibilidad de emplear su tiempo en algo útil y atractivo, de forma que los días no se le hicieran tan pesados y monótonos.

Como el director de la prisión le había anunciado, había suficiente labor con que entretenerse durante mucho tiempo. En la gran biblioteca rectangular, los volúmenes se apilaban de cualquier forma sin orden ni concierto. Además, estaban aquellos cajones con tres mil libros que había que seleccionar e incluir en el catálogo.

McFane se dedicó a la tarea con ahínco. Entre los libros recién llegados había algunos sumamente interesantes que trataban temas marinos a partir del siglo xv. McFane examinó con especial ahínco una colección de cuadernos de bitácora, registros y archivos de las compañías inglesas y holandesas de navegación de los siglos pasados.

Datos, datos, miles de datos sobre fletes, batallas, acciones de

piratería, hundimientos de barcos... Todo esto atrajo intensamente la atención de McFane, que dedicó miles de horas al estudio de tales archivos.

La idea surgió cuando conoció a Randolph Smythe. Este individuo había ingresado en la prisión de Dragoon Island meses después que McFane y se rodeaba de una cierta fama de aventurero afortunado. Había ido a parar a prisión después de una reyerta con varios individuos en una taberna de los barrios bajos de Sydney, contienda que había dado como resultado un muerto a navajazos, delito que se le imputó a Smythe.

Aquel tipo de unos cuarenta años, atlético y marcado por numerosas cicatrices, alardeaba de haber recorrido los mares del Sur hasta el último confín. Era considerado un buen buceador y en la prisión se rumoreaba que se había enriquecido localizando barcos hundidos, cuyo cargamento expoliaba ilegalmente. Lo cierto era que Smythe hacía alarde de dinero en la prisión y se rodeaba de todos los lujos, placeres y comodidades que pueden conseguirse al otro lado de los muros de una penitenciaría.

Cuando se emborrachaba, Smythe narraba alguna de sus aventuras marinas. Aseguraba que su mayor botín lo había obtenido del pecio de un galeón español hundido en las proximidades de las Marianas, en el que había hallado toda una vajilla de oro recamada de piedras preciosas. Según aquel «carroñero de los mares», la mitad de las piezas le habían sido confiscadas por las autoridades filipinas, pero Smythe había tenido la precaución de enterrar varias copas maravillosamente cinceladas en oro, que vendió posteriormente a un coleccionista americano, venta que le supuso algo más de doscientos mil dólares.

Fueran o no ciertas las peripecias que relataba Randolph Smythe, la realidad era que dentro de la prisión llevaba un tren de vida envidiable. Incluso en la prisión más estricta, disponer de dinero abundante sirve eficazmente a la hora de aliviar los rigores del obligado encierro y Smythe había conseguido disfrutar de una celda personal y disponer de algunos muebles y comodidades. Nadie se explicaba cómo lo conseguía, pero Smythe se vanagloriaba de esconder en su celda botellas de *whisky* y cartones de cigarrillos, entre otras ventajas.

Quizá fueran las narraciones de Smythe las que excitaban el

interés de Stuart McFane hacia los relatos de hundimientos de navíos. En la biblioteca disponía de documentación abundante relacionada con estos temas, que enriqueció posteriormente obteniendo autorización para comprar libros en el exterior. Como el director suponía un afán intelectual en McFane, no tuvo inconveniente en autorizarle libremente para adquirir los títulos que seleccionaba escrupulosamente, tras consultar decenas y decenas de catálogos editoriales.

La peripecia del galeón holandés *Vikken Waren* le atrajo desde el principio. A partir de los datos hallados en una guía sobre navíos hundidos en los mares del Sur durante el siglo XVI, Stuart supo que el *Vikken Waren* había partido del pueblo de Shisha-Marú, en la Micronesia, al mando del capitán holandés Kurd Van Rinheim. La mayor parte del cargamento lo constituían riquísimas especias, pero en el rol de carga se citaban también unas veinte toneladas de plata en barras y cierta cantidad de oro, no especificada.

A los veinte días de singladura, el *Vikken Waren* había desaparecido, después de luchar durante largas horas contra una violenta tempestad. Un marinero del galeón holandés había conseguido llegar a la isla de Krozom y testimonió que el *Vikken Waren* se había estrellado contra un muro de arrecifes cuando trataban de fondear, para capear el temporal, en la bahía de un islote llamado Kilúa, al noroeste de Port St. Francis. Peter Kroml había conseguido arriar un bote con otros compañeros. Según Kroml, la tempestad les había arrastrado hacia el sureste y finalmente arrojado sobre las costas de Port St. Francis. Preguntado sobre sus compañeros, Kroml afirmó que habían sido arrebatados por una ola y desaparecido en el mar. Pero las autoridades advirtieron inexactitudes cronológicas en el relato del marino holandés, por lo que le sometieron a tormento. Kroml terminó por confesar que había matado a dos de sus tres compañeros para aliviar la carga del bote. Al tercero lo había asesinado mientras dormía y lo había devorado en parte, atosigado por el hambre. Después de oírle, las autoridades de Port St. Francis, empalaron a Kroml y despedazaron sus restos, que fueron arrojados al mar como pasto de los tiburones.

McFane gastó algo más de mil dólares en corroborar aquella trágica Historia. Y finalmente llegó al convencimiento de que el

relato que describía el naufragio del *Vikken Waren* era auténtico.

El proyecto de viajar a Kilúa y buscar el galeón hundido se fue afianzando día tras día en su pensamiento.

A fin de cuentas, ¿qué era lo que le deparaba el futuro? Nada. Pues después de atentar contra la vida de Jack Burlington, la compañía aérea habría puesto su nombre en la *lista negra* profesional y jamás conseguiría un empleo como piloto en ninguna empresa de los cinco continentes. Después de gastar sus diez mil dólares ahorrados durante años, McFane vagaría de un lado a otro, sin rumbo ni probabilidades de conseguir un futuro estable.

¿Por qué no intentar la aventura? En definitiva, no perdería más que aquellos diez mil dólares, en el caso de que fracasara. El proyecto le tentó tanto que finalmente decidió abordarlo en cuanto abandonara la prisión de Dragoon Island.

Naturalmente, para llevarlo a la práctica necesitaría ayuda. McFane era un buen deportista, un hombre musculoso y curtido, pero no poseía gran experiencia en el buceo ni mucho menos en el rescate de navíos hundidos. Tendría que buscar a algunos individuos que estuvieran dispuestos a arriesgarse. Porque McFane no pensaba gestionar ningún tipo de autorización legal para dedicarse a la búsqueda del *Vikken Waren*.

Había conocido a un individuo llamado Will Purdy que demostraba tener algunos conocimientos de mecánica naval. Purdy era un desesperado, un desgraciado que se rebajaba a realizar los más bajos menesteres dentro de la prisión a cambio de un trago de alcohol. Era tan infeliz que todos se mofaban de él, sometiéndole a las humillaciones más cruentas. En cierta ocasión, McFane mantuvo una conversación con él y Purdy se declaró dispuesto a todo en cuanto abandonase la prisión.

Otro personaje que parecía interesante era el brasileño Joao Chaves, un mulato musculoso y fanfarrón, capaz de derrotar a su contrincante a bocado limpio, (Se rumoreaba en la prisión que la oreja que le faltaba a Monty Lepellier, el jefe de uno de los clanes de Dragoon Island, le había sido arrebatada por Chaves en el transcurso de una feroz pelea librada en los apuestos retretes comunes). Joao Chaves era un tipo independiente y hosco, que llevaba doce años en prisión, día por día. ¿La causa? Se decía que Chaves había asesinado a todos los tripulantes del carguero en el

que se había enrolado. Aunque nunca se le pudo probar aquella masacre colectiva, las autoridades australianas le habían condenado a veinte años de reclusión por un acto de piratería, puesto que fue detenido en el Mar del Coral cuando pilotaba en solitario el carguero *Good End* (curiosamente, *Buen Final* en inglés).

Al ser arrastrado por las fuerzas de un guardacostas y tras ser interrogado, Chaves declaró que tanto el capitán del barco como el resto de la tripulación habían muerto intoxicados, tras alimentarse durante varios días a base de carne congelada que debía de estar en mal estado.

—Todos fueron muriendo, en medio de grandes dolores, y yo no pude hacer nada para evitarlo, pues no poseo conocimientos de medicina —agregó Chaves—. No sabía qué hacer en medio de tantos cadáveres (la tripulación del carguero *Good End* estaba compuesta por dieciocho tripulantes) y finalmente me vi obligado a arrojar los cuerpos por la borda, pues algunos de ellos hedían ya.

El oficial que interrogaba al brasileño apenas pudo contener su estupor.

—Si todos fallecieron intoxicados, ¿por qué usted está vivo? —preguntó, escrutando al mulato con sospecha.

—Porque yo no comí de esa carne putrefacta: mi religión me lo prohíbe —respondió Joao con toda la seguridad del mundo.

El oficial examinó su documentación. Sus papeles estaban en regla. Habían sido expedidos por las autoridades marítimas de Recife (Brasil) y en ellos se especificaba que Joao Chaves pertenecía a la religión islámica.

La carga que transportaba el *Good End* —pescado congelado— estaba intacta, pero no se pudo hallar rastro de la carne corrompida que el brasileño había mencionado. A falta de otras pruebas más contundentes, Joao no salió mal librado con su condena de veinte años.

En un momento de expansión, el brasileño había confesado que antes de embarcarse se dedicaba a la pesca de ostras, pues era un excelente buceador. Esto fue lo que atrajo el interés de McFane, que a partir de aquel momento mantuvo varias conversaciones con Joao con la idea de incorporarlo a su equipo.

Otro individuo en quien Stuart pensó desde el primer momento era Glen Pierson, un pelirrojo alto y delgado que se interesaba

frecuentemente por los textos navales. Cuando McFane y Pierson intimaron, éste le confió que había trabajado durante varios años como patrón de pesca en Irlanda.

Conocía a la perfección el arte de la navegación marítima y parecía un individuo muy formal y capacitado para hacerse respetar dentro del ambiente corrompido de la prisión. Aunque su aspecto era juvenil e inofensivo, McFane le había visto poner fuera de combate fulminantemente a tres de los homosexuales que trataban de atraerle hacia su grupo.

¿Por qué había ido a parar a prisión? Pequeñeces, según el propio Pierson. Se había contratado como piloto del yate de un millonario australiano, que finalmente no resultó ser otra cosa que un audaz contrabandista de drogas. Tras realizar varios viajes a lo largo de las costas de Nueva Zelanda, el yate —pilotado por Pierson— había echado las amarras en el muelle deportivo de Sydney.

Su patrón le había concedido vacaciones por espacio de cuarenta y ocho horas. Dos días después, Pierson tendría que volver al yate, pues el millonario y sus amigos se disponían a emprender un corto crucero dedicado a la pesca deportiva.

Pero la noche en que Pierson volvió al yate, la policía le estaba esperando con una grave acusación por contrabando de estupefacientes. De nada valieron sus protestas, pues su patrón no apareció. A bordo del yate se habían encontrado considerables alijos de haschish y otras drogas duras y la policía sólo tenía en su poder a Glen Pierson. Naturalmente, él contó su historia e incluso dio el nombre y la descripción de su patrón, pero la policía no encontró ni rastro de aquel individuo, por lo que el yate y su carga fueron decomisados y Pierson fue a parar a prisión.

Si era o no cierta tal historia, a McFane le traía sin cuidado. Pierson le interesaba por su condición de navegante; su historia pasada carecía de importancia.

Stuart esbozó vagamente sus proyectos a aquellos tres individuos. Purdy, Chávez y Pierson se sintieron interesados al oír hablar de naufragios, pecios y hallazgos de importantes tesoros bajo el mar. Naturalmente, excitó su curiosidad y quisieron saber más, pero McFane no se confió. En realidad, todavía no estaba seguro de aquellos individuos, y por otra parte, todo dependería del tiempo que tardasen en recobrar la libertad.

Sin embargo, el azar iba a aliarse para reunir a los cuatro hombres fuera de los muros de la prisión de Dragoon Island. La condena de Stuart McFane se había reducido considerablemente, pero aún le restaba un año de prisión cuando se produjo aquel siniestro: el almacén general de la prisión se incendió una tarde. Cuatro funcionarios de prisiones y media docena de reclusos quedaron atrapados en el brasero. El director de la prisión solicitó el auxilio de algunos presos de confianza, pero la mayoría de ellos se negaron a exponer sus vidas.

McFane, que se había reunido con Purdy, Chaves y Pierson, cuchicheó a sus oídos:

—¡Ésta es nuestra oportunidad! Si nos prestamos voluntariamente a echar una mano y conseguimos rescatar a esos infelices, es muy probable que nos perdonen el resto de nuestras condenas.

Estuvieron a punto de perecer en el intento, pues cuando trataban de abrir un agujero en la techumbre del almacén en llamas, el tejado cedió y los cuatro hombres se precipitaron al brasero. Por fortuna. Pierson consiguió abrir la puerta de hierro, lo que permitió arrastrar un extintor al interior del almacén. Dos de los presos encerrados resultaron asfixiados por el denso humo, pero los cuatro funcionarios y el resto de los presidiarios se salvaron.

Dos meses después, los cuatro hombres abandonaban Dragoon Island, con sus certificados de libertad en el bolsillo. Pero junto con los mandamientos de libertad, las autoridades judiciales habían firmado los decretos de expulsión de aquellos cuatro individuos del territorio australiano; puesto que ninguno de ellos era súbdito del país, las autoridades preferían verse libres de los cuatro ex presidiarios.

Ya en Sydney y mientras consumían el plazo de treinta días otorgado por las autoridades, McFane hizo a sus compañeros una proposición concreta. Después de explicarles concisamente su proyecto, Stuart añadió:

—¿Qué podéis perder? Dentro de un mes, un barco os devolverá a vuestros países de origen con los bolsillos vacíos. Conmigo tenéis unos cuantos meses asegurados. Si obtenemos éxito, dividiremos el botín en cuatro partes iguales, después de deducir el dinero que pienso invertir en esta operación. Si no encontramos nada, cada

cual quedará en libertad de escoger su camino. ¿Estáis de acuerdo?

Todos asintieron sin dudar. Seguro ya de que podía contar con ellos, McFane declaró su decisión de adquirir una embarcación que pudiera llevarles a su destino.

—¿Qué destino? —preguntó inmediatamente Joao Chaves.

—De momento, viajaremos hasta Port St. Francis. Cuando estemos allí, hablaré con toda claridad. Por ahora, quiero que me ayudéis a adquirir el material indispensable.

Pierson se encargó de buscar una embarcación adecuada y Purdy y el brasileño se mostraron dispuestos a adquirir equipos de buceo en las mejores condiciones posibles. McFane se entregó algún dinero y a partir de aquel momento se dedicó personalmente a recorrer las bibliotecas y hemerotecas de Sydney a la búsqueda de nuevos datos que pudieran apoyar sus esperanzas de éxito.

Las gestiones de Pierson dieron resultado a los pocos días: había encontrado un viejo yate, el *Aluha-Miri*, que se vendía por seis mil dólares. Según dijo Glen, el barco necesitaba una buena mano de pintura y algunas reparaciones mínimas, tras lo cual estaría dispuesto a hacerse a la mar.

Stuart fue con Pierson al puerto, examinó el yate y estuvo de acuerdo. Al día siguiente de comprar el *Aluha-Miri*, Glen estaba ya ocupándose de llevar el barco a un dique seco donde sería reparado y puesto a punto.

Por su parte, Purdy y Joao se distribuían su tiempo de dos formas: por la mañana visitaban los almacenes de artículos navales y por la tarde se emborrachaban hasta caerse al suelo. Entre tanto, McFane proseguía incansablemente su investigación.

Deseaba abandonar Australia antes de que las autoridades se presentasen con un ultimátum. Y no sólo por esto, sino por la convincente razón de que sus socios le estaban arruinando rápidamente.

Al fin, una mañana abandonaron el muelle y se dirigieron al noroeste. El mar estaba en calma, los depósitos del yate llenos de fuel a rebosar y el viento apenas soplaba de popa. A los siete días de navegación, el motor se detuvo bruscamente. Como faltaban algo más de doscientas millas para arribar a Port St. Francis, Stuart se alarmó.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Purdy, que era el mecánico.

—Voy a echar una ojeada —respondió éste. Y abrió la trampilla del motor y bajó para inspeccionarlo.

Apoyado en la borda de popa, McFane le miró hacer. Cuando alzó la mirada, observó a Pierson y Chaves, los cuales cuchicheaban entre sí con actitud furtiva. Desconfiado, Stuart siguió espiándoles por el rabillo del ojo.

¿Fue una ilusión óptica o verdaderamente Chaves ocultó un revólver cuando Stuart se incorporó súbitamente? A punto estuvo de interpelar al brasileño, pero finalmente se contuvo, pues no quería provocar una confrontación a bordo.

Ostensiblemente, entreabrió su chaqueta marinera y dejó ver la pistola «Browning» que llevaba en una funda colgada del cinturón. Ante este gesto, Joao desvió la mirada.

Entre tanto, Purdy seguía manipulando en el motor.

—¿Quieres decirme qué diablos ocurre? —exclamó McFane, ya impaciente. Y descendió hasta el fondo de la cavidad en que estaba alojado el motor.

El piso estaba empapado de combustible. Purdy masculló algo entre dientes y declaró:

—¡Ya está! Una de las abrazaderas del conducto de alimentación se había aflojado y el fuel no llegaba a la bomba de inyección. De todas formas, tendré que sangrar el sistema para extraer el aire.

McFane le miró con desconfianza.

—¿Ésa era toda la avería? Estoy seguro de que se repusieron todas esas conducciones, incluso la bomba de alimentación. ¿No te parece sospechoso que después de reparar todos los elementos del motor dejasen floja una abrazadera? —planteó.

Purdy se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? —protestó—. Yo me limito a reparar lo que está estropeado. Aunque si quieres que te diga la verdad —bajó la voz hasta convertirla en un susurro— no me fío demasiado de ese moreno.

Tampoco McFane se fiaba. Ni siquiera de Purdy, que era capaz de cualquier cosa a cambio de unos dólares. En realidad, en el único que confiaba un tanto era en Pierson, que había demostrado honradez y eficacia en su gestión durante los días que habían permanecido en Sydney. Pero ahora, después de comprobar cómo él y el brasileño conspiraban a hurtadillas, prefería no fiarse de

ninguno de sus compañeros.

¿Acaso se habían conjurado los tres para robarle en alta mar y, tal vez, asesinarle y arrojar su cadáver a los tiburones?

McFane plegó los labios en una semisonrisa despectiva.

«Son unos imbéciles, si piensan enriquecerse a mi costa», reflexionó, pues después de comprar el *Aluha-Miri* y pagar los equipos de buceo, las provisiones y el combustible, apenas le quedaban mil dólares.

De todas formas, no se descuidó ni un solo instante hasta que llegaron a Port St. Francis. Procuraba no dar nunca la espalda a sus socios y se mantenía vigilante durante las veinticuatro horas del día.

Por fin, avistaron la tupida vegetación de la isla de Port St. Francis y la proximidad de la atractiva población pesquera ahuyentó los temores que se habían ido incubando en su mente durante la travesía.

En cuanto sus tres compañeros desembarcaron, McFane registró concienzudamente el yate. Había comprobado que Purdy, Joao y Pierson no llevaban ningún arma encima cuando pusieron pie en el muelle. Si disponían de algún revólver o pistola, por fuerza debían haberla escondido a bordo. Pero no encontró nada, aunque llevó a cabo un registro metódico y exhaustivo.

Finalmente, dejó escapar un suspiro y se encogió de hombros.

—Debí equivocarme —decidió. Quizá me he vuelto excesivamente desconfiado en la cárcel.

Aquella misma noche conoció a la mestiza Kiri Warner, hija de un marino norteamericano y de una nativa.

Fue la puerta del Hotel Grand Ocean. Un forzudo marinero alemán había tomado a la bella muchacha por un brazo y con la otra destrozaba a jirones su ligero vestido. La joven se defendía a bofetada limpia, pero aquel mastodonte era demasiado pesado para ella.

Asqueado, McFane intervino contundentemente. Apresando al marinero por un brazo, lo hizo girar con violencia y le golpeó en la laringe con un golpe seco y demoledor. El hombre abrió los brazos, boqueó, gorgoteó y cayó al suelo como una piedra.

Según supo McFane después, aquel energúmeno estuvo buscándole como loco para matarle, durante toda la noche. Pero

Stuart se encontraba en lugar seguro, en compañía de Kiri. El barco alemán anclado en el muelle soltó sus amarras al amanecer y se alejó, con lo cual ni Kiri ni McFane volvieron a saber jamás del irascible y ardiente marinero.

CAPÍTULO IX

Durante tres días llovió sin parar. La galerna rugía con estrépito y el mar se agitaba con violencia singular.

Stuart paseaba como un león enjaulado dentro del bohío, incapaz de contener su frustración y su impaciencia. En cuanto a sus socios, no parecían muy afectados por la forzosa inactividad. Por el contrario, demostraban una gran satisfacción por aquella inesperada pausa que les permitía holgazanear y emborracharse. El huracán había descolgado docenas de gruesos cocos, cuyos jugos mezclaban con ron y especias.

Hasta entonces, Stuart había conseguido hacer valer su autoridad. Delante de él no se atrevían a mostrarse excesivamente procaces con las mujeres, aunque se dirigían entre sí miradas libidinosas y expresiones subidas de tono. Stuart sabía de sobras que al llegar la noche y aunque la cabaña estuviera dividida en dos partes por la cuerda tendida y las mantas, sus socios se reunían con las nativas y se revolcaban en los lechos. No podía ignorarlo, porque la noche anterior le habían mantenido desvelado las risitas y los jadeos a lo largo de la primera hora de descanso.

Apenas pudo dormir aquella noche, temiendo que Kiri hubiera hecho «cama redonda» con las tres mujeres y los tres hombres.

—¡Imposible! —Trataba de convencerse—. Ella es una mujer decente.

En tal caso, ¿por qué coqueteaba abiertamente con Pierson y el brasileño? La respuesta podía formulársela él mismo:

—La he despreciado y se siente despechada. Por otra parte, ¿qué importa? Ella no me interesa, de modo que está en su derecho de ofrecerse al hombre que le apetezca...

Sin embargo, la posibilidad de sorprender a Kiri en brazos de

alguno de sus socios le inflamaba de cólera.

Aquella misma mañana se había sentido sobre ascuas al comprobar las miradas incendiarias, lascivas, que Joao dirigía a la exótica joven rubia. Hasta entonces y salvo la primera noche —con la exhibición de sus eróticos movimientos bajo la enramada—. Kiri había observado una actitud discreta. Participaba en las conversaciones y en los juegos con sus compañeras y reía descocadamente, pero se mantenía a cierta distancia de los hombres. Pero McFane temía que el clima de erotismo y sensualidad creado por hombres y mujeres dentro de la pequeña comunidad de Kilúa acabasen arrastrándola.

La tarde anterior, la escultural Hapiti y el estúpido Purdy habían comenzado a sobarse descaradamente en un rincón del bohío. Tanto se animaron, que finalmente Purdy comenzó a desnudar a la joven a la vista de todos.

McFane escupió en el suelo y rugió:

—¡Si no sois capaces de dominar vuestros instintos, será mejor que salgáis de la cabaña!

Y ellos dos obedecieron inmediatamente la orden. Riendo torpemente e íntimamente abrazados, abandonaron el bohío.

Fue todo un espectáculo, que todos contemplaron desde la ventana y la puerta de la cabaña, aunque McFane se retiró, asqueado, a los pocos minutos.

Mientras ambos descendían por el sendero, bajo la lluvia, Purdy perseguía a Hapiti gritando obscenos requiebros.

Luego ambos se detuvieron y se volvieron hacia el bohío, desafiantes. Purdy aferró a su compañera por los hombros y de un tirón desgarró su vestido de arriba abajo.

Lejos de disgustarse, Hapiti reía con enloquecedoras carcajadas. De pronto, revolviéndose con fiereza, aferró a su vez al enclenque Purdy y le destrozó la camisa a zarpazos.

Al fin, desnudos por completo los dos, se dejaron caer bajo la enramada e hicieron el amor fogosamente, sin sentir el menor escrúpulo al saberse contemplados por sus compañeros.

McFane se retiró de la ventana, bufando.

—¡Cerdos...! —Gruñó entre dientes.

Al volverse, su mirada se cruzó con la de Kiri, que estaba observándole fijamente. En seguida bajó sus ojos, avergonzada.

Dominado por la cólera y una extraña sensación interior indefinible, Stuart McFane tomó un chubasquero y abandonó la cabaña, a la que no regresó hasta bien entrada la noche.

Más tarde, mientras descansaba en su camastro entre las tinieblas y el viento zumbaba poderosamente haciendo vibrar la cabaña, Stuart deseó con todas sus fuerzas que el huracán cesase de una maldita vez y se alejase la borrasca.

«Si esto sigue así, el ambiente se degenerará hasta tal punto que nos enfrentaremos entre nosotros y nos destruiremos», pensó.

Si el tiempo cambiaba, Pierson devolvería a las mujeres a Port St. Francis y la calma tornaría a la pequeña isla. Tendrían, por otra parte, la oportunidad de recomenzar la búsqueda en el mar y convencerse de una vez si valía la pena continuar en Kilúa o llevar el ancla y partir definitivamente.

Al día siguiente, el cielo estaba más despejado, aunque el viento era todavía muy potente y arrastraba a gran velocidad las nubes algodonosas hacia el Este.

«El tiempo va a mejorar —pensó, esperanzado—. Quizá mañana el estado de la mar permita el viaje de Glen y las mujeres hacia Port St. Francis».

Aprovechando la mejoría, McFane permaneció todo el día fuera de la cabaña, pues se sentía estomagado por las actitudes plenas de lujuria de sus socios, que parecían insaciables con las mujeres, aunque ellas, las nativas, no les iban a la zaga en cuanto a excitación y obscenidad.

Además, según había podido observar, Joao cada vez parecía más interesado en acortar la distancia que le separaba de Kiri Warner. Aprovechando la menor ocasión, el brasileño hacía objeto a la muchacha rubia de empalagosas gentilezas y obsequiosidades. Y esto era algo que Stuart no podía digerir.

Hacia el mediodía, se encontró con Pierson, que estaba tratando de encender lumbre bajo la enramada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Glen, observándole sin disimulo—. Durante los que permanecemos en Port St. Francis, me pareciste un alegre compañero de juergas y un decidido admirador de esas bellas nativas. Pero tu actitud de ahora, tanto para nosotros como para con ellas es de desprecio, incluso de repugnancia. Dime, Stuart, ¿es que de repente han dejado de gustarte las mujeres?

McFane se incorporó y le miró fijamente.

—Siguen gustándome las mujeres como siempre, pero detesto la grosería y la promiscuidad. Para mí el sexo, es algo necesario y placentero de lo que hay que gozar en la intimidad, pero vosotros os entregáis a los juegos lujuriosos como animales.

Glen dejó escapar una risita sardónica.

—Ya. Te has vuelto un puritano —intentó bromear. Pero McFane le dirigió una mirada tan fría y penetrante que Pierson optó por callar.

Por fortuna, a la mañana siguiente el cielo estaba libre de nubarrones, apenas soplabla una suave brisa que rizaba la superficie del mar y la temperatura había subido agradablemente hasta los veinte grados.

Stuart, que fue el primero en despertar, abandonó la cabaña y descendió al campamento de la enramada para prepararse un poco de café.

Estaba gozando de la aromática y ardiente bebida a pequeños sorbos, cuando escuchó aquel chillido.

Era la voz angustiada de Kiri. Stuart la reconoció al instante. Impelido por un desconocido impulso, arrojó el cuenco del café al suelo y corrió a toda velocidad cuesta arriba en dirección a la cabaña.

Lo que vio en cuanto entró le dejó paralizado de sorpresa y furia: sobre uno de los camastros, Joao se disponía a violar a Kiri, a la que sin duda había desnudado a zarpazos, después de caer sobre ella mientras la joven dormía.

—¡¡Chaves...!! —Brotó el alarido de McFane, cuyo rostro se había crispado en una mueca feroz:

Joao se volvió de un brinco, completamente desnudo. Bajo él, Kiri le contemplaba con horror. La joven tenía el rostro cruzado de arañazos y un hilillo de sangre brotaba de sus labios, lo que evidenciaba que el brasileño la había golpeado sañudamente para reducirla a sus deseos.

De repente, Chaves rodó sobre sí mismo, desnudo como estaba e introdujo una mano bajo la rústica almohada de su camastro.

El brillo homicida de sus ojos le delató. De un salto, McFane cayó sobre él y le aferró por los prietos y rizados cabellos cuando el brasileño extraía un revólver.

Impulsada por Stuart, la cabeza del moreno chocó rudamente por el frontal contra un sólido tronco del muro. Pero Joao era un tipo muy resistente y no soltó el revólver, por lo que McFane se vio obligado a seguir golpeándole contra el puntal hasta que la frente del brasileño se abrió y la sangre manchó abundantemente la madera.

De rodillas sobre el camastro y cabalgando sobre el cuerpo inerte de Joao, McFane arrebató el arma de su mano derecha y la blandió en alto, mostrándola a los demás.

—Lo suponía. Siempre sospeché que Chaves ocultaba un arma de fuego. Tan seguro como de que me hubiera acribillado si no me hubiera movido aprisa —exclamó, jadeante.

Justo en aquel momento, escuchó un rumor a su espalda. Y antes de que pudiera aprestarse a la defensa, vio venir a Purdy, que empuñaba un hacha. El rostro de Will —que había vuelto a drogarse, a juzgar por su aspecto— estaba contraído en un rictus feroz.

En el último momento, McFane se dejó caer al suelo y la hoja del hacha silbó sobre su cabeza.

Cuando se alzaba desesperadamente para repeler la inesperada agresión, el hacha que empuñaba Purdy se movió nuevamente y le alcanzó en el cráneo.

El alarido de horror exhalado por Kiri Warner ahogó el rumor sordo de la caída de McFane, que estampó su rostro contra el piso de tierra apelmazada y quedó inmóvil.

La sangre que brotaba de su cráneo empapó pronto sus espesos cabellos.

CAPÍTULO X

Primero dejó escapar un débil quejido y luego abrió lentamente los ojos.

Espesas tinieblas le rodeaban y el silencio era absoluto a su alrededor, por lo que Stuart McFane pensó:

«Estoy muerto. Purdy me ha matado».

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Y esto le hizo reaccionar. En seguida sintió el intenso, mareante, dolor de cabeza.

—Si puedo experimentar dolor, es que no he muerto —razonó con toda lógica.

Se movió con cautela, pues estaba recordando lo que había ocurrido antes de perder el conocimiento y temía lo peor: que Purdy le hubiese abierto el cráneo de un golpe de hacha.

Naturalmente, el primer movimiento consciente que realizó fue llevarse una mano a la cabeza y palpar allí donde había recibido el golpe, detrás de la oreja izquierda.

Sus cabellos estaban pegajosos de sangre coagulada, pero comprobó con un suspiro de alivio que la herida no sangraba ya. Debía tener una brecha de unos cuatro o cinco centímetros en el cuero cabelludo, pero no se atrevió a tocar demasiado temiendo que la herida volviera a sangrar.

Sofocando un quejido de dolor, Stuart se incorporó un poco.

¿Dónde estaban todos?

La oscuridad era total, de modo que no podía percibir nada a su alrededor. Palpó y reconoció el piso de tierra de la cabaña. Contuvo el aliento y aguzó el oído, pero no oyó otra cosa que los leves crujidos de la techumbre y el distante murmullo del mar.

De repente, Stuart tuvo la desagradable seguridad de encontrarse absolutamente solo. Impulsado por este presentimiento,

se incorporó bruscamente, con tal torpeza que su cabeza golpeó rudamente contra algún obstáculo contundente. Sufrió un vahído intenso, sus rodillas se doblaron y cayó pesadamente a tierra, donde permaneció sin conocimiento hasta que le despertaron los rayos del sol.

Era un día magnífico. A través de la ventana, contempló un pedazo de cielo azul, limpio de nubes. Soplaban una ligerísima brisa, pero el sol era fuerte y la temperatura muy agradable.

Al bajar los ojos, vio la gran mancha de sangre que empapaba la tierra apelmazada. Una lenta ojeada al interior de la cabaña le convenció de que sus compañeros y las mujeres no se encontraban allí.

El frigorífico estaba abierto de par en par y los enseres de los expedicionarios aparecían en completo desorden.

Cuando se puso en pie, se tambaleó.

«He debido perder mucha sangre —reflexionó—. Debo tener cuidado o volveré a caer...».

Dio unos pasos y avanzó hacia la puerta. Al principio, los fuertes rayos del sol naciente le impidieron ver con claridad. Luego, poco a poco, su visión se adaptó a la luminosidad exterior.

Su mirada recorrió despacio el sendero, el campamento de la enramada y llegó hasta el litoral.

El corazón le dio un vuelco al comprender que el *Aluha-Miri* no se encontraba en el embarcadero. El yate había desaparecido.

—¡Se han marchado! —murmuró—. Han huido y me han abandonado.

Al principio, su cerebro se negaba a aceptar aquella idea.

—Tal vez, Pierson ha decidido devolver las cuatro mujeres a Port St. Francis —calculó.

Pero, ¿dónde estaban Willy y Chaves?

Poco a poco, la realidad se fue abriendo paso en su mente: le habían abandonado. No cabía perder el tiempo en otras conjeturas.

Los fugitivos habían tomado toda clase de precauciones: el frigorífico y la despensa aparecían saqueados. Según pudo comprobar Stuart, apenas habían dejado media botella de ron y un pedazo de pan duro.

Tenía una sed horrible y buscó agua. Pero no la halló. El depósito de plástico que utilizaban en el interior del bohío, había

desaparecido también.

Murmurando frases inconexas, McFane salió afuera y descendió hasta el campamento. Allí estaban los bidones que solían contener las reservas de agua potable. Allí continuaban, en efecto, pero estaban vacíos: alguien había tenido la precaución de destruirlos a cuchilladas.

Paralizado por su descubrimiento, Stuart tardó en reaccionar.

—No sólo me han traicionado al huir, sino que, además, han tomado todas las precauciones para dejarme morir de hambre y de sed —se dijo.

Descendió hasta la playa.

Y comprobó que sus socios habían recogido todas las herramientas y útiles, incluso se habían llevado los bidones del combustible.

Cerca de la playa estaba el bote neumático, pero antes de aproximarse McFane sospechó la verdad que descubriría unos minutos después: alguien lo había destrozado a navajazos hasta dejarlo inservible.

McFane se dejó caer derrengado sobre una roca y permaneció allí por largo espacio de tiempo, inmóvil y abstraído en sombríos pensamientos.

Al cabo, se alzó y caminó hacia la cabaña. Lo registró y revolió todo, con la esperanza de que sus traidores compañeros hubieran olvidado algo que pudiera servir para su subsistencia.

Y halló algo, ciertamente, aunque McFane no fue capaz de discernir entonces si le servía para algo, pues lo que encontró fue la pequeña radio a transistores del brasileño, que la había olvidado bajo su camastro.

Se sentía tan nervioso, que la radio se le fue de entre las manos y se estampó contra el suelo. Por fortuna, y aunque la tapa rebotó contra el suelo y las pilas saltaron de su alojamiento, cuando las montó nuevamente la radio funcionaba.

Haciendo un esfuerzo, trató de contener aquella ansiedad que le impedía concentrarse. De cuando en cuando, sus mandíbulas se encajaban y sus dientes rechinaban de cólera.

—Malditos, malditos, mil veces malditos —gruñía entre dientes.

La sed iba en aumento. Tras perder una considerable cantidad de sangre, la necesidad de beber se hacía más acuciante y

atormentadora.

—¡Los cocos! —exclamó de repente. Y abandonó la cabaña.

No le resultó fácil desprender un par de los gruesos frutos de los altísimos cocoteros que crecían en el montículo. En el estado de debilidad en que se encontraba no había que contar con escalar uno de los troncos y llegar arriba. Así pues se contentó con arrojar algunas piedras hacia las alturas, hasta que sus intentos tuvieron éxito.

De vuelta en la cabaña, buscó la pequeña hacha que servía para trocear la leña y partió uno de los cocos. Por desgracia, no tenía gran experiencia en tal tarea, por lo que parte del exquisito jugo se vertió.

Sin embargo, Stuart bebió el resto con fruición y en seguida se sintió reanimado. Luego seleccionó algunos pedazos de la tierna pulpa y la fue masticando con precaución, pues cualquier movimiento de sus mandíbulas repercutía dolorosamente en su lastimada cabeza.

Un poco más animado, buscó el espejo que les servía para la *toilette* personal y examinó como pudo su herida del cráneo. Al contemplar sus cabellos completamente endurecidos por la sangre coagulada, se asustó. La herida parecía mucho más importante de lo que había calculado.

Valiéndose de unas tijeras, se cortó los cabellos en un amplio círculo alrededor de la herida. No disponía de un botiquín, de modo que le fue imposible limpiar y curar la herida y deshacer las costras que se habían formado sobre ella. Si la herida se infectaba, era indudable que no sobreviviría muchos días.

—Mejor no pensar en ello —decidió.

Más tranquilo, registró sus bolsillos y comprobó que sus socios le habían arrebatado la pistola «Browning» y los novecientos dólares que le habían sobrado tras las últimas compras en Port St. Francis.

Si hubiera contado con un arma de fuego, siempre habría la esperanza de enriquecer su dieta alimenticia con la carne de las aves que arribaban a Kilúa, pero los fugitivos habían tomado todas las precauciones para lograr que McFane se reuniese pronto con los espíritus de los marinos holandeses, cuyos esqueletos formaban una macabra asamblea en la caverna situada en el roquedal.

McFane decidió tomarse la situación con calma. ¿De qué servía

desesperarse? Por el momento, lo mejor era alejar los pensamientos más sombríos y entretenerse en algo. Pero, ¿qué podía hacer?

Conectó la radio. Su atención se alertó cuando escuchó la voz del locutor:

—«... La altísima columna de humo que surge del mar a unas ciento ochenta millas al oeste de Port St. Francis. El Centro Sismológico Australiano acaba de informar que se han producido movimientos telúricos submarinos en aquella zona, lo que hace temer la inminencia de un maremoto de imprevisibles consecuencias. En nuestro informativo de las catorce horas, volveremos a informarles sobre...».

Stuart arrugó el entrecejo. ¿Un maremoto?

Abandonó el bohío, hizo pantalla sobre los ojos con ambas manos y escrutó el horizonte hacia el Oeste.

La brisa soplaba precisamente de aquella dirección. En el confín de lo que alcanzaba la vista, Stuart advirtió una tenue masa oscura que se alzaba a gran altura sobre el mar.

Se alarmó, justificadamente.

La altura máxima de Kilúa no llegaba a los cien metros y Stuart sabía que las monstruosas olas producidas por algunos maremotos ocurridos en aquellas aguas habían llegado a sumergir archipiélagos enteros.

A partir de aquel momento, observó con desconfianza la estela de humo que se difuminaba en el horizonte. Según pudo comprobar, la columna de gases se elevaba constantemente en el firmamento. ¿Cuál sería su altura, para poder observarse a simple vista desde Kilúa, teniendo en cuenta que el centro del seísmo se encontraba a más de cien millas de distancia?

Stuart se apostrofó a sí mismo por no haber tomado la precaución de adquirir un emisor de radio. En Port St. Francis, François Cotaille hubiera recibido su llamada de socorro y se habría apresurado a partir en su ayuda.

Aquella noche no durmió tranquilo.

Aunque la herida de la cabeza seguía molestándole, el sufrimiento físico no era lo más importante.

Sentía la soledad como un peso insoportable. Y a la soledad se unía un sentimiento de frustración e impotencia que le mantuvo inquieto a lo largo de la noche.

La inquietud poblaba su mente de augurios sombríos.

Ahora, después de asimilar la traición de sus compañeros, sus recuerdos volvieron a Kiri Warner. Ella le había parecido una mujer excepcional, tanto física como moralmente. La admiraba profundamente... Entonces, ¿por qué la había tratado despectivamente desde el momento en que ella pusiera sus pies en Kilúa?

Era, sencillamente, el temor a comprometerse, a hipotecar su independencia.

Ante sus compañeros, McFane había afirmado que Kiri no le importaba nada. Que esto era falso se demostraba fácilmente: Stuart había acudido inmediatamente a la petición de auxilio de la joven, cuando el brasileño trató de forzarla.

Y ahora, esta noche tensa y desesperanzada, Stuart McFane añoraba la presencia de Kiri. Si, al menos, Kiri hubiera estado con él, Stuart no se sentiría tan abrumado por la soledad y el sentimiento de peligro que comenzaba a apoderarse de él.

Kiri había sido amable, entrañable, delicada y generosa. Muy al contrario de las restantes jóvenes de Port St. Francis, que se prostituían tempranamente dado el ambiente de la ciudad portuaria y la avidez por disponer de dinero y bienes materiales, Kiri se había negado terminantemente a aceptar los regalos de McFane.

¿Cuál era la historia de aquella exótica y bella mujer? Su padre, un norteamericano aventurero e inestable, había abandonado a su madre poco después de que Kiri naciera. Cuando tenía ocho años, su madre murió y Kiri quedó sola y abandonada. Por fortuna, el francés Cotaillé se había apiadado de la niña y consiguió que una nativa, la anciana Kolopiti, adoptara y criara a Kiri a cambio de algún dinero. Kolopiti había enseñado a la niña a tejer la palma y a fabricar primorosos objetos artesanales a base de aquel material, lo que permitió a Kiri ganarse la vida para sí y para su madre adoptiva cuando sólo tenía quince años. Después, Cotaillé le había ayudado a instalar una tiendecita, en la que Kiri vendía los productos que ella y otras jóvenes fabricaban.

En Port St. Francis, donde las muchachas eran ya mujeres en sazón a los doce años, resultaba admirable que una joven como Kiri se hubiera conservado virgen hasta los veinte años. Porque de eso estaba seguro McFane: Kiri era virgen cuando Stuart la tomó para

sí, después de ahuyentar al marinero alemán.

¿Por qué había negado ella su virginidad? Sencillamente, por despecho, McFane la había arrojado de sí y ella había tratado de vengarse afirmando que había habido otros hombres en su vida.

Recordando esto, Stuart sonrió en la oscuridad. ¡Admirable Kiri! Ella valía mucho más que las restantes mujeres de Port St. Francis. Para Stuart, Kiri venía a ser como una flor pura en medio del cenagal de lascivia que inundaba Port St. Francis.

En su fuero interno, McFane se confesaba a sí mismo que se había mostrado grosero, frío y despreciativo para con la muchacha, que no había dudado en dejar su tienda para unirse a las otras mujeres que Pierson había embarcado hacia Kilúa. ¿Por qué se había unido Kiri a ellas, sino por amor?

—Si salgo de ésta, iré a buscarla —se prometió Stuart. Y finalmente logró conciliar el sueño aquella ajetreada noche.

A la mañana siguiente, la cabeza le dolía menos. Palpándose la herida con cuidado, aún tuvo humor para bromear:

—Evidentemente, Purdy no tenía intención de matarme. Si lo hubiera decidido así, me hubiera partido el cráneo con el filo del hacha.

Cuando abandonó la cabaña para hacer una provisión de cocos, la tierra tembló ligeramente bajo sus pies.

Stuart se detuvo bruscamente y dirigió su mirada hacia el Poniente. La columna de humo negruzco que el día anterior apenas era una voluta difuminada en la distancia, había aumentado de grosor y se elevaba ya muchos kilómetros sobre la línea del horizonte.

Movió la cabeza, preocupado.

«Si no vienen pronto a rescatarme, me voy a ver en problemas», pensó.

Porque, de alguna forma, todavía tenía la esperanza de que se produjera el milagro. Si, como ponía, sus socio habían huido a Port St. Francis, su presencia no pasaría desapercibida para François Cotaille, el dueño del principal almacén, quien se sentirla intrigado por la ausencia de Stuart, a quien debía algún dinero.

A su manera, Cotaille era un hombre honrado. Si Pierson y los otros intentaban obtener dinero de él, sólo conseguirían atraer sus sospechas. Lo más probable era que Cotaille interrogase al respecto

a Kiri Warner, en el caso de que no fuera la joven quien corriese a su tienda para informarle. Si las cosas sucedían tal como pensaba, Stuart estaba seguro de que Cotaille se decidiría a acudir en su ayuda. Y en caso contrario...

Stuart no quería pensarlo. Aquella mañana invirtió dos horas en contabilizar sus posibilidades de supervivencia. En el bosquecillo de cocoteros vislumbró hasta cuarenta y dos frutos. Con la rica pulpa del coco dispondría de recursos alimenticios para una veintena de días. Lo peor era que necesitaba diariamente el jugo de tres o cuatro cocos, lo que limitaba mucho el plazo de seguridad.

Volvió a la cabaña con una buena provisión de los grandes frutos, que guardó como un tesoro en el frigorífico. Para evitar un innecesario derroche de energías, después de beber y comer un poco se dejó caer en su camastro y durmió un par de horas.

Aquella tarde, descendió hasta la playa e intentó reparar el bote neumático con un rollo de cinta adhesiva. Después de parchear por doquier, reforzó las uniones con hilo de nylon y se dispuso a probarlo.

Botado al agua, el bote flotó fácilmente. McFane subió con cautela y empuñó los remos. No había remado más de dos minutos, cuando oyó un silbido sospechoso. Inmediatamente el bote se hundió y el hombre con él. Stuart tuvo que volver a nado a la playa.

Cansinamente, emprendió el retorno a la cabaña, se dejó caer sobre una banqueta y conectó la radio. Y oyó la conocida voz del locutor de Radio Sydney.

—... En estado de alerta ante la posibilidad de que el movimiento sísmico detectado en las proximidades de las islas Yayakiti vaya en aumento a lo largo de las próximas horas. Se teme que la actividad eruptiva en la zona de las Yayakiti origine un maremoto de proporciones incalculables. Se recuerda con tal motivo otras catástrofes de características semejantes, tales como los de Komoa, Wallipou y Namarimi. La erupción submarina de Namarimi, por ejemplo, originó monstruosas olas de hasta veinticinco metros que hicieron zozobrar centenares de barcos en un diámetro de cuatrocientas millas y causó grandes estragos en lugares muy alejados. La *sutnami* de Namarimi penetró casi cien kilómetros tierra adentro en diversas islas y destruyó puertos y ciudades enteras. Por todo ello, se aconseja tomar toda clase de

precauciones a los capitanes de los buques que navegan en la zona próxima a las Yayakiti. Lo más sensato es que se cobijen en los puertos más próximos, de los cuales los más seguros serán los situados en el litoral orientado hacia el Este. En cuanto a los pesqueros y cargueros de cabotaje...

Stuart cortó la radio con un ademán brusco. Sentía un acusado deseo de fumar un cigarrillo, pero sus infames compañeros le habían cacheado y saqueado de tal forma que ni siquiera podía permitirse aquel inocente placer.

Malhumorado, salió de la cabaña y ascendió a la cima del islote. Desde allí dirigió una desconfiada mirada hacia Poniente.

Un nubarrón alargado se extendía muchos kilómetros por encima de la línea del horizonte. El humo que brotaba del fondo del mar era tan espeso que nublaba el sol por completo, anticipando las sombras de la noche.

CAPÍTULO XI

Cuando despertó de madrugada, Stuart intuyó que la catástrofe era inminente.

Lo primero que hizo tras abrir los ojos fue husmear el aire y toser violentamente. Su olfato percibía claramente el olor a humo denso.

Aún debía ser muy temprano, pues la luz que penetraba en la cabaña era muy escasa. Sin embargo, cuando salió afuera advirtió que se había equivocado: ya había amanecido, pero las amarillentas nubes de vapor mezcladas con humo negro velaban por completo el sol.

Era una visión estremecedora, medrosa, pues aquella masa cenicienta cubría el firmamento en toda su extensión. El aire tenía un aroma acre y picante, muy desagradable.

Bajó lentamente hacia el campamento con la intención de calentar un poco de zumo de coco y verter en él zurrapas de café ya utilizado anteriormente. No resultaba un brebaje muy agradable, pero era todo lo que tenía a su alcance.

Mientras encendía el fuego advirtió que la luz decrecía aún más, aunque debían ser ya cerca de las diez de la mañana. Dirigió una mirada al mar y le asustó ver aquella masa líquida de un color ceniciento sombrío. El mar se mantenía en completa calma, como si el océano estuviera muerto. Pero McFane intuía que tras aquella aparente serenidad se ocultaba un peligro latente.

Y luego, bruscamente, percibió aquel fragor profundo que surgía de la lejanía. Stuart dejó caer el cuenco con aquel café insípido y denso por la grasa del coco y se alejó pendiente arriba, ansioso por descubrir la causa de aquel rumor medroso.

La carrera había sido tan rápida, que hubo de detenerse,

jadeante, al pie del grupo de cocoteros.

Miró hacia poniente y lo que vio le dejó paralizado de terror.

En el confín, una alta muralla líquida avanzaba hacia Kilúa con fuerza incontenible.

—¡*Sutnami!* —exclamó Stuart, dominado por el pánico.

Desorientado, giró a su alrededor buscando un lugar donde guarecerse.

¿Escondarse? Lo que acababa de ver era una ola monstruosa que azotaría la isla con violencia destructora. ¿De qué, pues, valía ocultarse como un conejo asustado?

El pánico le paralizó por unos instantes. Entre tanto, el fragor del mar iba *in crescendo* a sus espaldas.

En aquel momento, McFane sintió la curiosidad como un sentimiento vivísimo, subyugante, irresistible. Ardía en deseos de volverse y contemplar a sus anchas el apocalíptico fenómeno que venía incubándose en el seno del océano. Pero no se volvió, porque temía, como el pajarillo, quedar preso ante el poder hipnótico de la serpiente.

Hizo otra cosa. Miró hacia el risco volcánico de la cima de Kilúa y luego corrió con todas sus fuerzas hacia la cabaña.

Volvió en pocos segundos, llevando sobre el hombro un rollo de sogas de nylon. Y sin detenerse, atravesó el bosquecillo de cocoteros y escaló la pendiente hasta detenerse en el punto más alto de aquel islote de poco más de dos kilómetros de longitud.

Con enorme ansiedad, observó los picachos de lava y eligió el que le pareció más sólido.

Luego, acuciado por la prisa, ató fuertemente un cabo de la soga a su cintura y el otro extremo alrededor del saliente rocoso.

Sólo entonces se atrevió a mirar.

Apoyado en la rugosa roca, Stuart contempló la monstruosa ola que avanzaba estruendosamente en dirección a Kilúa.

Los senos de los mares parecían alzarse de las profundidades en un diabólico afán por alcanzar el Firmamento.

Contenida la respiración, vio avanzar la muralla líquida en un frente tan extenso que se perdía en la lejanía.

—¡Dios mío! —murmuró, sobrecogido de espanto.

Era el final.

La monstruosa vorágine rugía como un monstruo prediluviano,

apenas a dos millas de distancia. La cresta de la *sutnami* rompía en avalancha incontenible, pero la onda líquida volvía a emerger de entre las grisáceas aguas en su irrefrenable progresión hacia el Levante.

¡Qué diminuta parecía Kilúa en proporción con la gigantesca ola destructora...!

«La *sutnami* se tragará el islote como una avestruz devora una lombriz», pensó McFane, incapaz de sustraerse a la contemplación del magnífico fenómeno de la Naturaleza.

Luego el fragor aumentó tanto que se convirtió en un estrépito horrísimo que hería los oídos.

Súbitamente, el tumultuoso torbellino estalló contra los escarpados del borde occidental de Kilúa.

Potentísimos chorros de agua que superaban la altura de los riscos en los que se encontraba McFane brotaron en todas direcciones, formando en cuestión de segundos una nube artificial formada por las salpicaduras.

Allá abajo, las aguas espumeaban y rugían salvajemente, elevándose de forma incontenible hacia la cima. El océano abandonaba su lecho milenario y escalaba las alturas a borbotones.

Antes de que la *sutnami* cubriese la cima de Kilúa, McFane se volvió y se agachó, aferrado con todas sus fuerzas a las rugosas aristas del espolón volcánico.

Finalmente, el mar rugiente ascendió hasta la cima y la espuma lo cubrió todo. Hinchados los pulmones de aire en el último momento, Stuart percibió la violenta bofetada del agua contra sí mismo.

Los oídos le zumbaron como consecuencia de la fortísima presión. Era como si una mano ciclópea intentase arrebatarle de su precario refugio. Stuart resistió cuanto pudo, agarrado desesperadamente a las rocas.

Hasta que sus pulmones comenzaron a flaquear y un nuevo e irresistible empuje aflojó sus manos y le arrancó brutalmente de su agarradero.

Aterrado, se sintió arrastrado vertiginosamente hacia arriba, agitado por la vorágine como una brizna de hierba.

Por un instante, su cuerpo emergió sobre la espuma. Abrió los ojos, hinchó sus pulmones de aire y en una fugaz ojeada contempló

la violencia desatada a su alrededor. El mar hervía literalmente, encrespado y silbante. El islote llamado Kilúa había desaparecido a la vista.

Un tirón salvaje le sumergió nuevamente. El empuje de las aguas era tan potente que la sog a con la que se había atado se había tensado al máximo y apretaba dolorosamente su cintura.

Al principio, mantuvo una actitud pasiva, dejándose zarandear por las fuerzas desatadas de la Naturaleza. Pero cuando el oxígeno se agotó en sus pulmones, taloneó hacia la superficie en un intento desesperado por evitar la asfixia.

Sin embargo, su cuerpo giraba y giraba inmerso en el enloquecedor torbellino. Al fin, cuando se sintió completamente agotado por el inútil esfuerzo, abrió los brazos y se abandonó a lo inevitable.

Justamente en aquel momento, su cuerpo emergió a la superficie como un corcho liberado. Boqueó, tragó agua, tosió violentamente y respiró con ansia.

En medio del caos, sus ojos captaron un detalle esperanzador: a diez metros de distancia, las crestas de lava emergían sobre el mar.

Haciendo un último y desesperado esfuerzo, nadó hacia allá manoteando con torpeza. El mar subía y bajaba constantemente, de forma que en ocasiones llegó a hacer pie, pero de repente, se sentía alzado vertiginosamente y aquellos riscos que podían suponer su salvación desaparecían de pronto, azotados por el oleaje.

Sus manos se aferraron a la sog a y avanzó un poco en contra de la corriente. De cuando en cuando, emergía y tragaba una bocanada de aire húmedo. Hasta que por fin, sus manos volvieron a aferrarse a la lava volcánica.

Fue una lucha titánica y agotadora que duró casi una hora. Temiendo que la sog a que le sujetaba se rompiera finalmente ante los embates del oleaje, Stuart decidió permanecer agarrado a aquella aguja rocosa mientras sus fuerzas le acompañaban.

La furia del océano era indescriptible. En uno de los intervalos en que su cabeza emergía de las olas, Stuart oyó un crujido y hubo de separarse apresuradamente de su agarradero al comprobar cómo el oleaje desgajaba una roca de varias toneladas y la hacía rodar como si se tratase de un liviano guijarro sobre la cima de Kilúa.

La pavorosa *sutnami* lo cubría todo, unas veces elevándose por

encima de la cabeza de Stuart, otras retirándose fulminantemente unos metros, para tornar a envolverlo todo en oleadas de rugiente espuma.

Luego, paulatinamente, los embates fueron decreciendo en intensidad y las aguas bullentes descendieron unos veinte metros. Torrentes espumeantes corrían entre las rocas, mientras el mar se agitaba en estrepitosas rompientes alrededor de aquel desolado picacho a que había sido reducido el islote de Kilúa.

Fue un espectáculo singular, que Stuart contempló, aterrado y estupefacto, mientras sus manos continuaban aferradas como zarpas a las rugosidades de la roca.

La muralla líquida se alejaba impetuosamente hacia el Este en un frente tan extenso como abarcaba la vista. Detrás, se producía una considerable depresión de más de cincuenta metros de profundidad, que venían a rellenar rápidamente olas arboladas de menor entidad.

«Lo destruirá todo a su paso —pensó McFane, pesimista—. Hundirá buques de gran tonelaje y arrasará las islas situadas hacia el Oeste. Posiblemente, llegará a Port St. Francis y asolará la isla...».

Ni siquiera podía creer lo que era evidente: ¡había sobrevivido! Estaba indemne, aunque el oleaje le había dado una buena paliza y le dolía el pecho y la cabeza.

Estaba vivo, a pesar de todo. Y esta certeza llevó un poco de esperanza a su ánimo.

Sin embargo, sería estúpido imaginar que estaba a salvo.

La virulencia de la erupción volcánica de las Yayakiti podía producir nuevos *sutnamis* devastadoras, con lo cual Stuart McFane no se hacía demasiadas ilusiones.

Abajo, a unos cincuenta metros, el oleaje seguía azotando con violencia las laderas de Kilúa. Stuart vio flotar sobre las olas algunos troncos de cocotero, desgajados de la tierra por la fuerza de los elementos.

Según su reloj sumergible, eran las doce del mediodía.

—¿Hasta cuándo tendré que seguir aferrado a estas rocas como una lapa? —se preguntó, acongojado.

Poco después de la una, descubrió algo esperanzador: el firmamento iba despejándose lentamente hacia Occidente. En lo más profundo de su corazón, Stuart deseó fervientemente que la

erupción submarina de las islas Yayakiti le permitiera un respiro.

El sol asomó fugazmente a través de las brumas e iluminó la cúspide del chorreante islote.

El mar iba descendiendo constantemente, aunque las olas seguían rompiendo atronadoramente contra los acantilados situados al Oeste.

Hacia las tres de la tarde, el solitario superviviente de Kilúa pudo comprobar que el bosquecillo de cocoteros había sido arrancado de cuajo.

Poco después haría un nuevo descubrimiento: de la cabaña no quedaba ni rastro. La débil construcción había sido destruida por completo, hasta el extremo de desaparecer. Otro tanto había sucedido con la enramada que daba sombra al campamento inferior.

«No tardaré en morir», pensó McFane.

Sin los cocos que constituían su único sustento, no tardarían en abandonarle las fuerzas. Ciertamente podía intentar pescar algo, pero, ¿cómo atreverse a descender hasta el mar en las actuales circunstancias? Todavía un tercio de la superficie de la isla permanecía sumergida bajo el fuerte oleaje que la azotaba.

Durante la tarde fueron apareciendo grandes claros entre los nubarrones de humo y gases tóxicos procedentes de la erupción. Hacia Poniente, el firmamento aparecía despejado, de forma que al atardecer el sol brilló con fuerza y secó las empapadas ropas de McFane.

Hacia la puesta del sol, las aguas volvían ya a su nivel normal de la playa, aunque el mar se agitaba aún furiosamente.

Débil y envarado por las prolongadas horas de inmovilidad, Stuart descendió de la cúspide. Se sentía como un depredador famélico, ansioso por descubrir cualquier cosa que sirviera para su sustento, pero sobre todo le atormentaba la sed.

Tristemente, recorrió el lugar donde había erigido la cabaña, un mes antes. Sus ojos se animaron al ver emerger entre la arena y las ramas tronchadas un extremo del frigorífico.

Rudamente, hincó sus manos en la arena húmeda y lo desenterró. En su interior —¡divina Providencia!— cinco grandes cocos, que había tenido la precaución de recoger el día anterior.

No tenía ningún utensilio con qué partirlo, de forma que hubo

de perder casi una hora cavando con las manos en la arena antes de encontrar el hacha. Cuando la tuvo entre sus manos, atacó ferozmente uno de los frutos y una vez abierto, bebió el jugo con ansiedad y devoró toda la pulpa blanca en un santiamén.

Con el hacha en la mano, tornó a la cima cuando las sombras de la noche se abatían sobre el desolado islote.

Dirigió una desconfiada mirada hacia el Oeste. El océano se había calmado considerablemente y el cielo estaba despejado. Las estrellas titilaban en lo alto, pero McFane no se fiaba demasiado de aquella aparente sensación de calma.

Se dejó caer entre las crestas y relajó sus músculos. Pero no le fue fácil dormir. A menudo, despertaba sobresaltado, se incorporaba de un brinco y dirigía una ansiosa ojeada a su alrededor, mientras su oído trataba de percibir algún sonido sospechoso procedente del mar.

Cuando amaneció, McFane sentía su cuerpo dolorido y fatigado. Sin embargo, las condiciones meteorológicas parecían haber mejorado. La cortina de humo se había aclarado y sólo quedaban en el firmamento algunos bancos de gases que se alejaban hacia el Este.

Stuart se puso en pie con desgana y dirigió una mirada hacia abajo. Un grito de mayúscula sorpresa brotó de su garganta.

—¡No es posible...! —murmuró.

Allá abajo, en la playa, se balanceaba el colosal fuselaje de un avión. Se trataba de un Jumbo, es decir, un Boeing-747.

CAPÍTULO XII

Sobre el costado de babor del aparato se veían las grandes letras rojas del rótulo: «TRANS-OCEAN AIR LINES». En el timón de cola estaba el logotipo de la TOAL, la silueta blanca de una gaviota.

—Increíble —susurró McFane por enésima vez.

Pero el colosal reactor de pasajeros estaba allí, al alcance de su mano. Impecable con su panza plateada destellando al sol y flotando parcialmente sobre las aguas, pues la proa se apoyaba sobre la arena de la playa.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí? —se preguntó, profundamente intrigado.

Se separó unos pasos y contempló el avión, incapaz de reaccionar. Los cristales de una docena de ventanillas habían saltado y el tren de aterrizaje no había sido extraído de su alojamiento.

Súbitamente, McFane comprendió la verdad: el Jumbo de la TOAL había sido víctima de algún siniestro, perdiéndose en el océano. Y el día anterior, el poderoso revulsivo de la *sutnami* había agitado las profundidades y extraído el avión del fondo del mar, arrojándolo finalmente sobre la playa de Kilúa.

—Increíble —tornó a pronunciar, mientras advertía que aquel Boeing-747 no mostraba otros desperfectos que la rotura de algunos cristales de sus ventanillas.

Docenas de hipótesis se agolpaban en su mente, pero en realidad no le preocupaba demasiado la causa del accidente que había abatido el avión al mar.

Sin dudarlo, Stuart se lanzó al agua y nadó hacia uno de los grandes reactores parcialmente sumergido. De la turbina, se izó hasta el ala, que recorrió rápidamente hacia el fuselaje.

Se asomó a una ventanilla y finalmente introdujo la cabeza a través del hueco. El panorama que contemplaron sus ojos era impresionante: centenares de cadáveres en estado de avanzada corrupción permanecían sujetos a sus asientos por los cinturones de seguridad. Algunos de aquellos rostros que le contemplaban con macabra expresión estaban parcialmente devorados por los peces que habían penetrado a través de las ventanillas. El agua cubría el interior del avión hasta un metro de altura y del interior brotaba un hedor insoportable.

A pesar de lo cual, McFane avanzó un brazo y la cabeza y se introdujo en el interior del gran reactor. Al chapotear en el agua, tufaradas de olor nauseabundo se expandieron por doquier, cortándole la respiración.

Sin embargo, Stuart llegó a una de las compuertas, bajó la palanca y empujó hacia afuera, con lo cual el agua escapó tumultuosamente arrastrando bolsas de viaje y otros objetos imputrescibles.

Volvió luego sobre sus pasos y penetró en la gran carlinga de navegación, de la que también brotó un torrente de agua maloliente. En sus asientos permanecían los cadáveres del comandante, del copiloto y otros cinco tripulantes.

Stuart buscó el secreter del comandante y extrajo los documentos del plan de vuelo. Un ligero examen de aquellos papeles le brindó la información que buscaba: el Boeing-747 había despegado del Los Ángeles Airport el 19 de abril de 1978. Había hecho escala en Oahu (I. Hawaii) y proseguido su vuelo hacia Indonesia y Australia el atardecer de aquel mismo día. De lo que se deducía que el siniestro había ocurrido catorce meses antes.

En el secreter del comandante había algunas anotaciones manuscritas. Estudiándolas detenidamente, McFane llegó a la conclusión de que el *jet* había caído al mar por dos causas encadenadas: un fallo en el sistema de alimentación del fuel y una imprevista tempestad a unas cuarenta millas al norte de Kilúa.

Había otros numerosos documentos, pero la mayoría se habían mojado y podrido, lo que los volvía ilegibles.

Sin impresionarse demasiado por la presencia de su mudo acompañamiento —llegó a contar doscientos setenta y un cadáveres—. Stuart fue hasta el *catering* y lo registró concienzudamente. Salió

de allí portando dos grandes bolsas de malla llenas de conservas, botellas de agua mineral, zumos de frutas y un par de botellas de vino. Recogió también una escala de emergencia y abandonó el avión.

Cuando llegó a la playa, dejó las bolsas en la arena y prorrumpió en una gran carcajada.

—¡Es inaudito! —exclamó, regocijado—. ¿Quién podía imaginar que la TOAL y yo volveríamos a tener algo en común? Ese avión está intacto, a excepción de la avería que provocó el accidente, lo que significa que todavía vale millones y millones de dólares. Además, probablemente, transportará dinero, valores y carga de considerable valor. Creo que valdría la pena ponerse en contacto con el presidente de la Trans-Ocean Air Lines —reflexionó, divertido.

Sí, pero ¿cómo? Probablemente, en la bodega del «Jumbo» encontraría todo un surtido de balsas de seguridad para caso de emergencia, pero McFane sabía que aquellas precarias embarcaciones hinchables navegaban hacia donde el viento las empujase. Podría tardar meses enteros en alcanzar un lugar habitado, si no zozobraba antes.

Esa mañana, Stuart pudo permitirse el lujo de saciar su hambre satisfactoriamente. Para acompañar las conservas, abrió una botella de vino tinto y se la bebió entera.

Durante todo el día, no cesó de hacer viajes y más viajes al avión. Para facilitar el acopio de provisiones, Dotó una de las balsas autohinchables, que cargó hasta el máximo en cada viaje.

Transcurrieron tres días de incesante actividad. McFane no pensaba ya en la posible repetición del maremoto: ahora se esforzaba incansablemente en buscar un emisor de radio. Por desgracia, no podía utilizar ninguna de las cinco de la carlinga de a bordo, puesto que los acumuladores del avión se habían inutilizado por completo.

Una mañana estaba buscando nuevamente en la bodega del «Jumbo», cuando le pareció escuchar el zumbido de un motor. Se asomó a través de una ventanilla y vio acercarse a Kilúa una embarcación que al principio confundió con una cañonera guardacostas. Pero cuando el barco fondeó en la caleta, comprobó que se trataba de un remolcador.

Sin disimular su júbilo, se lanzó de cabeza al mar y nadó hacia

el remolcador.

Alguien le tendió una mano para ayudarle a subir. Una mano fina, de largos dedos, morena y delicada. McFane agitó la mojada cabeza y alzó la mirada.

—¡Kiri...! —exclamó, conmovido. Y por primera vez desde que llegara a Kilúa, una sonrisa radiante animó sus delgadas facciones.

* * *

—Me arrastraron con ellos por la fuerza —susurró Kiri, oprimiéndole trémulamente ambas manos—, cuando todo mi ser exigía quedarme junto a ti para curar tu herida y cuidarte. Pero Joao me abofeteó y Pierson no quiso intervenir. Para evitar que pudiera lanzarme al agua desde el *Aluha-Miri*, me ataron a la amura.

Cotaille miraba a McFane con ansiedad, pero no se atrevió a interrumpirles.

—Luego, durante la travesía, surgió una discusión entre Purdy y el brasileño, por motivo del reparto de esas barras de plata. Mientras estaban enzarzados, Pierson golpeó la cabeza de Purdy con una pesada herramienta. «Ahora seremos menos a repartir», comentó cínicamente —añadió Kiri. Y calló, mientras acariciaba la cicatriz en la cabeza de Stuart McFane con toda la delicadeza posible.

—Bien, ¿y qué ha sido de mis queridos socios? —preguntó Stuart, irónico.

—Joao quería recalar en Port St. Francis, pero Pierson le convenció de que podía ser peligroso para ellos, puesto que temía que alguna de nosotras les delataramos ante las autoridades. Así que optaron por invitarnos a lanzarnos al agua, cuando el yate estuvo a una milla de distancia de la costa. Podíamos habernos ahogado, pero conseguimos llegar vivas al puerto, donde nos recogieron unos pescadores —relató Kiri—. En cuanto a esos dos canallas, han debido ahogarse. Un barco de guerra francés encontró al *Aluha-Miri* flotando quilla arriba, después de que la *sutnami* de Yayakiti agitase estos mares. De Chaves y Pierson no hallaron ni rastro.

—Ya —dijo McFane, inexpresivo. Y se volvió hacia François

Cotaille, que parecía ansioso por decirle algo.

—Dígame, Stuart: ¿qué es eso? —señalaba la brillante estructura del Boeing-747—. ¿Uno de sus hallazgos submarinos quizá?

McFane sonrió de buena gana.

—Así podría entenderse, en cierto modo —respondió—. No tema, François: usted también participará de mi hallazgo. Creo que se lo ha merecido. Y ahora dígame usted: ¿cree que ese piloto borrachín llamado Trepinami podría llevarme en su destartalado avión hasta Sydney?

—Délo por seguro —respondió el francés—. Trepinami siempre hace lo que yo le digo. En cierto modo, él depende de mí... ¡soy el único mayorista en licores de todo Port St. Francis!

* * *

Jack Burlington le miró inquisitivamente a través de las gafas.

—Nunca hubiera imaginado que volveríamos a vernos —comentó sin alegría—. En fin, ¿qué es lo que desea, McFane? Dígalo en seguida, estoy muy atareado.

—Cer-do in-mun-do —deletreó McFane con toda claridad.

—¿Cómo ha dicho? —susurró Burlington, pálido y tembloroso de ira. Y se incorporó vivamente.

Stuart McFane aprovechó la ocasión para derribarle sobre la silla de un tremendo bofetón. Las gafas de Burlington quedaron pendiendo grotescamente de su oreja izquierda.

McFane le dio la espalda y abandonó el lujoso despacho. Un momento después se abrió una puerta y apareció el presidente de la TOAL. Mister Bryce-Kyne observó a su yerno, movió conmisericordiosamente la cabeza y masculló:

—Me lo temía. McFane es un hombre demasiado impetuoso. Y tú... tú solo eres un pobre diablo. —Tras lo cual volvió inmediatamente a su despacho.

Entre tanto, Stuart McFane abandonaba el edificio de la compañía TOAL en Sydney. En la calle le aguardaba una preciosa muchacha rubia, ataviada con un esplendoroso vestido azul tableado.

—¿Qué...? —inquirió ella, incapaz de contener su ansiedad.

Por toda respuesta, Stuart le mostró aquel papelito de color

celeste.

—¡Diez... millones... de dólares! —exclamó ella, maravillada.

—Mister Bryce-Kyne envió un barco-taller a Kilúa la semana pasada —declaró Stuart—. A estas alturas, los mecánicos han desarmado el avión, cuyos elementos transportarán varios barcos hasta aquí. En cuanto comprobaron que la mercancía que les ofrecía valía cien veces más, Bryce-Kyne se apresuró a firmar este talón. ¡Ah, otra cosa! He comprado Kilúa por cincuenta mil dólares. ¿Te atreverías a volver allí conmigo?

Kiri se puso de puntillas y le besó en la boca.

—Iré adonde tú vayas —respondió apasionadamente.

McFane apoyó las manos en las caderas y la contempló de hito en hito.

—¡Increíble! —exclamó, risueño—. ¿No temes a los maremotos?

Los párpados de Kiri se entornaron y sus finos brazos abarcaron la cintura del hombre.

—¿Acaso no te lo he demostrado ya cumplidamente? —susurró.

Contemplando sus húmedos labios, McFane no pudo sustraerse a la tentación de besarla de forma absorbente y fogosa.

Cuando se separaron, un guardia de uniforme azul se acercaba a ellos pausadamente. Stuart tomó a Kiri de una mano y la arrastró vertiginosamente entre la multitud.

En la esquina próxima, McFane detuvo un taxi y ambos se abalanzaron a su interior.

—¡Había olvidado que esta noche expira el plazo de una semana que me concedieron de estancia en Sydney las autoridades australianas! —exclamó, falsamente alarmado.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó el taxista, sin volverse.

—Llévenos al aeródromo de Wasthagoon —respondió. Y añadió al oído de Kiri—: Ojalá encontremos a Joe Trepinami en condiciones de pilotar esa chatarra con alas.

Media hora después se reunían con Trepinami, el cual sólo se encontraba discretamente ebrio. Es decir: su estado natural.

Aunque de Trepinami se podía esperar cualquier catástrofe, ese día su artilugio con alas les dejó sin novedad en la bahía de Port St. Francis. Cuando estuvieron en tierra, McFane le pagó con largueza y Trepinami se marchó alegremente hacia la taberna más próxima.

En el puerto estaba aguardándoles François Cotaille, que les abordó inmediatamente.

—Ah, *mon ami*, éxito seguro, ¿no se lo decía yo? El barco-taller de la TOAL recaló aquí y supuse que las cosas saldrían a pedir de boca. ¿Cuánto le ha sacado a Bryce-Kyne? ¿Cuatro, quizá cinco millones? —preguntó con avidez.

McFane puso el cheque ante su nariz y Cotaille abrió un par de ojos desmesurados.

—¡Diez, diez millones! Enhorabuena de todo corazón, McFane. Y supongo que yo...

—Puede estar tranquilo, François: cumpliré lo acordado. Es decir, puede contar con su diez por ciento —prometió Stuart.

Cotaille carraspeó discretamente.

—Quizá me haya juzgado como a un perro, sediento de dólares —dijo—. En realidad, yo no quería ese dinero para mí, Stuart. Pensé en Kiri, tan ilusionada con... Bueno, con usted. Le dije que no debía hacerse ilusiones, que usted, Stuart, es un ave de paso. En fin, yo quería ese dinero para Kiri —explicó, nervioso y apurado. Una cantidad de dinero suficiente con la que asegurar su futuro y mantenerla alejada de ciertos peligros que, verdaderamente...

Kiri y Stuart se echaron a reír al unísono. Como el francés les mirara de hito en hito, absolutamente desorientado, McFane le explicó:

—No tiene por qué preocuparse por el futuro de Kiri, François. Ella y yo nos hemos casado esta mañana en Sydney.

Cotaille estalló en una estentórea y alegre carcajada.

—Así que, todo arreglado, ¿*pas*

n'est-ce

? Bien, amigos míos —exclamó tomando a ambos por los brazos—, esto merece una copa. ¡Yo invito!

Fueron al bar del hotel Grand Ocean. En un extremo de la barra estaba Joe Trepinami, el piloto, el cual parecía empeñado en gastar en una noche todo el dinero que Stuart McFane le había entregado. Había invitado a todas las personas que se encontraban en el bar y, naturalmente, se empecinó en invitar también a los tres recién llegados, lo que aceptaron de buen grado.

Con el vaso en la mano y fumando placenteramente un cigarrillo, McFane parecía entusiasmado explicando a Cotaille sus

proyectos respecto a Kilúa. Según él, sería fácil construir una represa que recogiese el agua de lluvia, abundante en la isla.

—Llevaré un pequeño tractor y roturará una porción de terreno donde recolectar verduras y hortalizas. Y luego construiré una sólida casa en la ladera e incluso un refugio a prueba de maremotos —lanzó una corta y festiva carcajada—. Y después, levantaré una granja, donde criaremos gallinas, vacas, cabras y cerdos. Y todo lo iré haciendo yo, con mis propias manos.

A Cotaille se le animó la mirada.

—Tal vez me interese asociarme con usted, *mon ami*. ¡Podríamos construir un complejo hotelero! —exclamó, movido por su espíritu comercial.

—Nada de hoteles, ni de turistas, Kiri y yo queremos estar solos, ¿no es verdad, pequeña? —preguntó, mirándola intensamente.

Ella se ruborizó.

—Bueno, solos hasta que llegue... Bueno, lo que suele llegar cuando un hombre y una mujer se unen —susurró.

Stuart no pudo contenerse más. Dejó el vaso sobre la barra, tomó a Kiri de una mano y, tras despedirse rápidamente del francés, la arrastró hasta el vestíbulo del hotel.

Cuando subían lentamente la escalera hasta las habitaciones superiores, Kiri se detuvo de repente y miró al hombre.

—¿Sabes una cosa, Stuart? Te mentí. Nunca hubo en mi vida otro hombre que tú —confesó.

El rió de buena gana. La tomó por la cintura y la besó con pasión.

—¡Tonta! Ya lo sabía. ¿Crees que es fácil engañar a un tipo tan baqueteado como yo? —respondió.

Y tomándola en brazos, ascendió rápidamente los peldaños y penetró en su habitación.

Al fin había encontrado su sitio. Stuart McFane tenía, por fin, cuanto quería: una mujer que le amaba apasionadamente, una apacible isla en medio del océano y —lo que no era de despreciar— una fortuna en el bolsillo.

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...